FUNDAMENTOS DE LA FE CRISTIANA

MANUAL DE FORMACIÓN BÍBLICA

CONOCIENDO AL DIOS VIVO
POR MEDIO DE LAS ESCRITURAS

ALEX M. PAREDES

FUNDAMENTOS DE LA **FE CRISTIANA**

MANUAL DE FORMACIÓN BÍBLICA

CONOCIENDO AL DIOS VIVO

POR MEDIO DE LAS ESCRITURAS

ALEX M. PAREDES

CONTENIDO

Prefacio 1

Cómo utilizar este manual 1

Introducción 3

LA PALABRA DE DIOS

1. **El fundamento de nuestra certeza** 5

¿Qué es la Palabra de Dios?

DIOS

2. **El único Dios verdadero** 7

¿Qué es Dios?

3. **El misterio de la Trinidad** 8

¿Cuántas personas hay en la Divinidad?

LA CREACIÓN Y EL HOMBRE

4. **La obra de la Creación** 11

¿Qué es la Obra de la Creación?

5. **El hombre creado por Dios** 12

¿Cómo creó Dios al hombre?

EL PECADO

6. **La entrada del pecado** 15

¿Qué es el Pecado?

JESUCRISTO

7. **La encarnación de Cristo** 17

¿Cómo Cristo se hizo hombre?

8. **Los oficios de Cristo** 20

¿Qué oficios ejecuta Cristo como nuestro Redentor?

¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de profeta?

¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de sacerdote?

9. **La obra redentora de Jesucristo** 25

¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de rey?

LA SALVACIÓN

10. El anuncio que cambia todo 27

¿Qué es el Evangelio?

11. La justificación 32

¿Qué es la Justificación?

12. La adopción 34

¿Qué es la Adopción?

13. La santificación 37

¿Qué es la Santificación?

14. La ley moral de Dios 39

¿Qué fue lo primero que Dios reveló al Hombre como Regla de Obediencia?

15. El verdadero arrepentimiento 41

¿Qué es el arrepentimiento?

LA IGLESIA

16. Los Medios de Gracia 44

¿Cuáles son los Medios externos por los que Cristo nos comunica los Beneficios de la Redención?

17. El Sello de Nuestra Unión con Cristo 47

¿Qué es el Bautismo?

18. El cuerpo de Cristo 52

¿Qué es verdaderamente la Iglesia y por qué es indispensable congregarnos en una congregación local?

19. Las marcas de una iglesia sana 55

¿Cuáles son las características esenciales de una iglesia verdaderamente sana?

Conclusión **63**

Glosario de términos **64**

Bibliografía **69**

PREFACIO

Vivimos en un tiempo en el que muchos creyentes desean seguir a Cristo, pero no siempre cuentan con una base sobre los fundamentos de la fe que profesamos como Iglesia. Esa realidad despertó en mí el deseo de preparar este material como una herramienta sencilla, bíblica y accesible.

Confieso que resumir temas importantes en pocas páginas fue uno de los mayores desafíos durante la elaboración de este material. Si bien ya llevo cinco meses trabajando en esto, lo que me motivó a terminar esta primera parte fue una actividad bíblica: vi en ella una oportunidad para ayudar de corazón y poner al servicio de quienes deseen prepararse y tener una base en los fundamentos de la fe. En más de una ocasión tuve que volver a las Escrituras, revisar libros, acudir a mis profesores para la revisión y corrección, y orar pidiendo al Señor sabiduría para presentar estas verdades con fidelidad y claridad. Sin embargo, ese esfuerzo también me recordó la grandeza de Dios y la riqueza inagotable de su Palabra.

Este pequeño libro no pretende sustituir el estudio personal de la Biblia ni el aprendizaje continuo en la iglesia, sino servir como un punto de partida que anime al creyente a conocer más a Dios, amar más a Cristo y vivir conforme a su verdad.

Mi oración y deseo con todo el corazón son que el Señor use estas páginas para fortalecer la fe de quienes las lean y que toda la gloria sea únicamente para Él.

Soli Deo Gloria.

CÓMO UTILIZAR ESTE MANUAL

Es importante que sepas que **una parte de las preguntas estará basada en este pequeño libro**. La evaluación tomará en cuenta las preguntas de cada capítulo, los conceptos para memorizar, los textos bíblicos para memorizar y el contenido desarrollado a lo largo de cada lección. Por ello, te animo a estudiar este material con atención, comprensión y diligencia.

Cada capítulo ha sido organizado siguiendo una misma estructura para facilitar tu aprendizaje. Encontrarás un **título**, una **breve introducción** que presenta el tema, una

pregunta principal que será respondida a la luz de las Escrituras, los **textos bíblicos para memorizar**, el desarrollo de la enseñanza y, finalmente, un **concepto para memorizar**, el cual resume la verdad principal del capítulo.

Este manual no fue diseñado para ser leído de manera apresurada. Mi recomendación es que estudies un capítulo a la vez, con tu Biblia abierta. Lee cuidadosamente cada explicación, busca todos los pasajes bíblicos citados, procura comprender su contexto y medita en lo que Dios enseña por medio de ellos. Después, memoriza los textos y el concepto principal de la lección, no solo para responder una evaluación, sino también para guardar la Palabra de Dios en tu corazón.

Como dicen las Escrituras y como solía decir mi profesor de Teología Propia, el **Dr. Sam Waldron**: Antes de dar lectura, necesitas **orar, orar y orar**. Pídele al Señor que, por medio de las Escrituras y de este manual, bendiga tu vida y te ayude a crecer espiritualmente.

Recuerda que el propósito de este material no es simplemente memorizar respuestas para cumplir un requisito o aprobar una evaluación. Estudia cada lección con el deseo de conocer mejor a Dios, afirmar tus convicciones y permitir que su Palabra transforme tu vida.

Preguntas al correo: preguntasyrespuestasescrituras@gmail.com

Fundamentos de la Fe Cristiana
Manual de Formación Bíblica

© 2026 Alex M. Paredes

Medellín, Colombia

Revisado: Julio - 2026

INTRODUCCIÓN

«…Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.» ***Jn 17:3***

Desde el principio de las Escrituras hasta el final, encontramos una misma verdad: Dios se ha dado a conocer. Él no permaneció en silencio ni dejó al ser humano intentando descubrirlo por sus propios medios. En su gracia, decidió revelarse para que pudiéramos conocerle, adorarle y vivir para su gloria. Por esta razón, el mayor privilegio del creyente no es simplemente aprender más acerca de Dios, sino llegar a conocer al Dios vivo conforme a la verdad que Él mismo ha revelado.

Sin embargo, cuando escuchamos palabras como doctrina o teología, muchas personas piensan que se trata de asuntos reservados para pastores, maestros o quienes han recibido una preparación académica. Esa idea ha llevado a algunos creyentes a pensar que la doctrina pertenece únicamente a unos pocos, cuando en realidad forma parte de la vida de toda la iglesia.

La verdad es mucho más sencilla. Toda persona que abre la Biblia con el deseo de comprender lo que Dios ha revelado ya está haciendo teología. Cada vez que buscamos responder preguntas como: ¿quién es Dios?, ¿quién es Jesucristo?, ¿qué es el pecado?, ¿cómo somos salvos?, ¿qué es la iglesia? o ¿cómo debemos vivir delante del Señor?, estamos procurando comprender las verdades que Dios ha revelado en su Palabra.

La pregunta, entonces, nunca es si tendremos una doctrina, sino qué clase de doctrina tendremos. Todos creemos algo acerca de Dios. La diferencia está en si nuestras convicciones proceden de las Sagradas Escrituras o si han sido formadas por nuestras propias ideas, experiencias, tradiciones o enseñanzas humanas. Una doctrina sana nace cuando sometemos nuestro pensamiento a la Palabra de Dios y permitimos que sea ella quien moldee nuestra manera de creer y de vivir.

Por eso, estudiar doctrina no consiste simplemente en adquirir nuevos conocimientos. Su propósito es conducirnos a conocer mejor a Dios. Cuanto más entendemos quién es Él, más comprendemos su santidad, su amor, su justicia, su gracia y su obra perfecta en

Jesucristo. Ese conocimiento transforma nuestra adoración, fortalece nuestra fe, afirma nuestras convicciones y produce una vida de obediencia.

A lo largo de la historia, Dios ha preservado fielmente la verdad de su Palabra para que su iglesia permanezca firme en medio del error. Hoy seguimos teniendo la misma responsabilidad: volver una y otra vez a las Escrituras para escuchar la voz de Dios y permitir que ellas corrijan nuestros pensamientos. La autoridad de nuestra fe no descansa en la opinión de los hombres, sino en la revelación que Dios nos ha dado.

Por esa razón, este estudio comienza donde debe comenzar toda verdadera teología: en la Palabra de Dios. Ella es el fundamento sobre el cual descansa todo lo que creemos. Solo después de escuchar lo que Dios ha dicho podremos comprender quién es Él, cuál es su propósito para la creación, cuál es la condición del ser humano, quién es Jesucristo y cómo ha obrado para salvar a su pueblo.

Mi deseo con todo el corazón es que, al estudiar cada una de estas doctrinas, no solo adquieras un mayor conocimiento bíblico, sino que llegues a amar más al Señor, confiar más plenamente en su evangelio y vivir con mayor fidelidad para su gloria. Porque el propósito final de toda verdadera doctrina no es engrandecer nuestro conocimiento, sino llevarnos a conocer más profundamente al Dios vivo, a quien pertenece toda la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CONOCIENDO AL DIOS VIVO
POR MEDIO DE LAS ESCRITURAS

1. EL FUNDAMENTO DE NUESTRA CERTEZA

Para comprender nuestra fe, primero debemos saber de dónde proviene. No caminamos a ciegas ni dependemos de opiniones humanas, sino que contamos con una brújula segura que guía a la iglesia. Dios mismo guió a los autores humanos de tal manera que escribieron exactamente su mensaje, sin que este proceso anulara sus propias personalidades, culturas o estilos literarios. Hablamos de una regla infalible porque las Sagradas Escrituras son plenamente verdaderas y dignas de confianza en todo lo que afirman. *Por lo tanto, cualquier otra enseñanza, tradición o supuesta profecía debe someterse siempre a la luz de la Biblia y nunca al revés.* Además, esta autoridad no es solamente teórica, sino práctica, pues rige con autoridad tanto lo que debemos creer en nuestra mente como la manera en la que debemos comportarnos cada día en nuestra vida cotidiana.

«El alma busca descanso y el entendimiento busca la verdad, debemos volvernos hacia la fuente que el mismo Dios ha provisto para darse a conocer».

PREGUNTA: ¿Qué es la Palabra de Dios?

Texto bíblico para memorizar:

*«Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia». **2 Tim 3:16***

*«Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo». **Ef 2:20***

El apóstol Pablo nos recuerda que las Escrituras no nacieron de la imaginación humana, sino que tienen su origen en el soplo de Dios. Del mismo modo, la carta a los Efesios nos enseña que el *Antiguo Testamento «los profetas» y el Nuevo Testamento* «los apóstoles»

forman el cimiento firme, la roca firme sobre la cual la iglesia se sostiene de pie, teniendo a Cristo como la corona y el centro de todo.

El Conocimiento del Dios Vivo:

Si nos sentáramos en silencio a reflexionar sobre nuestra propia fragilidad, nos daríamos cuenta de que somos criaturas limitadas tratando de entender a un Dios que es infinito. ¿Cómo podríamos conocerle si Él no hablara primero? Como solía sugerir J.I. Packer, con esa claridad tan pastoral que lo caracterizaba, *«la Biblia no es un mero registro de ideas religiosas del pasado; es Dios mismo predicando hoy, hablándole directamente al corazón del hombre moderno»*. La Escritura es el medio por el cual entramos en una relación viva con el Creador.

La Biblia habla de una historia; esta historia se encuentra en Génesis y Apocalipsis. La Biblia comienza con la creación y termina con la nueva creación. Para entender el Nuevo Testamento, debemos entender el Antiguo Testamento, y si queremos entender el Antiguo Testamento, necesitamos entender el Nuevo Testamento

Cuando abrimos las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, no estamos abriendo dos libros distintos, sino las dos partes de un mismo diseño divino. *El Antiguo Testamento es la promesa y la preparación; el Nuevo Testamento es el cumplimiento y la presencia de Cristo. Juntos, forman las Santas Escrituras, el único cofre donde Dios ha guardado con fidelidad el mensaje de salvación.*

Es por esto que las llamamos *nuestra única regla segura.* El ser humano es propenso a extraviarse, a dejarse llevar por las emociones del momento o por las modas del pensamiento humano. Las Escrituras, en cambio, no cambian. En ellas encontramos todo lo que necesitamos *para nuestra fe*, es decir, lo que debemos creer acerca de Dios y todo lo que necesitamos para nuestra obediencia, cómo debemos responder a Su amor en el día a día. No necesitamos añadirle nada a Su Palabra, ni restarle nada; nos basta con descansar en ella, sabiendo que quien la inspiró es el Dios que no puede mentir.

Concepto para memorizar:

«Las Santas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento son la Palabra de Dios, y es la única Regla segura de Fe y Obediencia.»

2. EL ÚNICO DIOS VERDADERO

Una vez que tenemos la brújula de las Escrituras en nuestras manos, la primera dirección hacia la que apunta es hacia Dios mismo. Pero aquí debemos detenernos y quitarnos el calzado de los pies, pues la tierra que pisamos es santa. No nos acercamos a estudiar un concepto abstracto ni una fuerza ciega del universo; nos acercamos a contemplar la Majestad en los cielos. Estudiar el ser de Dios es el ejercicio más noble, pero también el más humillante para la mente humana, pues nos obliga a reconocer que nuestra mente finita jamás podrá abarcar por completo al Dios infinito.

PREGUNTA: ¿Qué es Dios?

Textos bíblicos para memorizar:

«Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.» **Jn 4:24**

«Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad.» **Ex 34:6**

Cuando el Señor Jesús nos dice que Dios es Espíritu, está desarmando nuestra tendencia a imaginar a Dios a nuestra propia imagen; nos recuerda que Él no está limitado por el espacio ni por un cuerpo.

El conocimiento de Dios vivo:

Mi querido hermano y hermana, debemos reconocer desde el primer instante una verdad que puede resultar incómoda para nuestro orgullo: *conocer sobre Dios no es lo mismo que conocer a Dios.* Podemos llenar la mente de definiciones teológicas correctas; sin embargo, podemos tener el corazón completamente vacío de Su presencia. Como bien nos

recordaba el teólogo J. Packer, *«nos descarriamos cruelmente si descuidamos la majestad de Dios y nos olvidamos de lo grande que es nuestro Creador y Señor»*.

Al adentrarnos en las Escrituras, descubrimos que nuestro Dios es infinitamente superior a todo lo creado. Él es Espíritu, lo que significa que no depende de nada ni de nadie para existir; mientras que tú y yo necesitamos aire para respirar, Él posee la vida en sí mismo. Las escrituras nos confrontan con tres realidades que sostienen el alma del creyente: Él es infinito, por lo que no tiene límites; es eterno, de modo que jamás hubo un momento donde Él no estuviera (Sal 90:2); y es inmutable, lo que significa que su ser, carácter, atributos, promesas y sus propósitos eternos nunca cambian (St 1:17). En un mundo donde todo se desmorona y la gente cambia de parecer de la noche a la mañana, qué descanso tan profundo es saber que *el Dios que te salvó es el mismo ayer, hoy y por los siglos.*

Pero este Dios infinito no es una fuerza impersonal ni un ser lejano. Él gobierna toda la creación con perfecta sabiduría, tiene poder sobre todas las cosas y es completamente santo. Ante Él, *las naciones son como una gota de agua en un balde* (Is. 40:15), y Su santidad despierta reverencia y adoración. Sin embargo, la teología bíblica cuida de no dejarnos aplastados por Su grandeza. Ese mismo Dios soberano es el estándar absoluto de la justicia, la bondad y la verdad. Él no usa su poder para destruir caprichosamente, sino que lo despliega para rescatar al desvalido. Conocer a este Dios es entender que Su majestad y Su ternura caminan de la mano; es el Rey del universo que, en Su infinita bondad, detiene Su marcha para escuchar el suspiro de un corazón arrepentido.

Concepto para memorizar:

«Dios es Espíritu, en sí y por sí mismo infinito en su ser, gloria, bienaventuranza y perfección; todo suficiente, eterno, inmutable, incomprensible, omnipresente, todopoderoso, omnisciente, sapientísimo, santísimo, justísimo, misericordiosísimo y lleno de gracia, tardo para la ira y abundante en bondad y verdad».

3. EL MISTERIO DE LA TRINIDAD

Cuando contemplamos los atributos de Dios, Su eternidad, Su poder y Su santidad, es fácil imaginar a un Creador solitario en la inmensidad de Su trono. Sin embargo, la

Escritura nos abre una rendija hacia el misterio más profundo y hermoso de la eternidad: antes de que existiera el espacio, el tiempo o las estrellas, Dios ya existía eternamente en la comunión perfecta del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Adentrarse en el misterio de la Trinidad no es resolver un rompecabezas intelectual, sino ser invitados a contemplar la comunión eterna de la Deidad. Guiados por esta brújula que no falla, nos adentramos ahora en el santuario más profundo de la revelación: la intimidad misma del Dios eterno.

PREGUNTA: ¿Cuántas personas hay en la Divinidad?

Textos bíblicos para memorizar:

«La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.» ***2 Cor 13:14***

«Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» **Mt 28:19**

Al acercarnos a estos pasajes, la Escritura nos muestra una armonía perfecta: Mateo 28:19 presenta conjuntamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo bajo un solo nombre, mostrando tanto la distinción de las tres personas como la unidad que existe entre ellas. El Señor Jesús en Su mandato misionero nos enseña que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo comparten un único y mismo Nombre, mostrando que el amor y la comunión eterna no son cosas que Dios inventó para nosotros, sino la realidad misma en la que Él habita.

El Conocimiento del Dios Vivo:

Contemplar la doctrina de la Trinidad no es un ejercicio de matemáticas ni un rompecabezas para entretener el intelecto. Es, por el contrario, el fundamento de toda adoración genuina. Como nos recordaba el teólogo J.I Packer, *«El mayor peligro del cristiano es fabricarse un dios a la medida de su propia imaginación, un dios pequeño que quepa en su cabeza; pero el Dios de la Biblia siempre nos obligará a caer de rodillas ante Su misterio.»*

Las Sagradas Escrituras afirman con absoluta claridad que existe un solo Dios verdadero. La voz de los profetas resuena con fuerza cuando el Señor declara de manera contundente a través del profeta (Is 45:5): *«Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí»*. Este Dios único es simple, infinito e incomprensible; no está compuesto por partes ni puede ser abarcado plenamente por la mente humana. Sin embargo, en su gracia, ha querido darse a conocer. Lo hace mediante lo que los teólogos llaman la acomodación divina: Dios, sin dejar de ser quien es, adapta su revelación a la capacidad limitada de sus criaturas.

No conocemos a Dios tal como Él se conoce a sí mismo, sino tal como Él ha querido revelarse por medio de sus nombres, sus obras y, de manera suprema, en la persona de Jesucristo (Jn.1:18; Heb. 1:1–3). Por eso, nuestro conocimiento de Dios es verdadero, aunque nunca exhaustivo. De la misma manera, la doctrina de la Trinidad no surge de la imaginación humana ni de especulaciones filosóficas, sino de la revelación progresiva que Dios ha dado de sí mismo en las Escrituras, alcanzando su plena manifestación en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Así, aunque jamás podremos comprender completamente la esencia infinita de Dios, sí podemos conocer con certeza todo aquello que Él ha querido revelar para nuestra salvación y para su gloria. (Is 6:8) Contempla la majestad celestial y escucha la voz del Señor que pregunta: *«¿A quién enviará, y quién irá por nosotros?»*. Este único Dios existe eternamente en Tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Para ayudarnos a comprender esta verdad sin confundirnos, los antiguos maestros de la iglesia nos enseñaron que las tres Personas comparten exactamente la misma Esencia. Esto significa que lo que hace que Dios sea Dios pertenece por igual a los tres; el Padre es Dios, el Hijo a quien Juan describe diciendo que *«en el principio era el Verbo... y el Verbo era Dios»* (Jn 1:1) es Dios, y el Espíritu Santo cuya presencia dadora de vida alaba el salmista al decir «*Envías tu Espíritu, son creados*» (Sal 104:30) es Dios, sin que uno sea más antiguo, más grande o más importante que el otro.

Por eso declaramos con reverencia que son iguales en poder y gloria. El Hijo no es un peldaño inferior al Padre, ni el Espíritu Santo es una fuerza impersonal o un ayudante secundario. Cuando oras al Padre, te sostiene el poder del Hijo y te consuela la presencia del Espíritu Santo. Al final del día, sabes que Dios es una Trinidad y nos da el descanso más

profundo que un corazón puede experimentar: el Dios que te salvó no es un ser solitario y distante que buscaba compañía, sino un Dios de amor perfecto y eterno que, en Su infinita bondad, ha decidido abrirnos la puerta para que participemos de Su hermosa comunión.

Concepto para memorizar:

«Hay tres personas en la divinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y estos tres son un solo Dios, el mismo en esencia, igual en poder y gloria».

4. LA OBRA DE LA CREACIÓN

Si Dios es un Dios de amor y comunión perfecta en sí mismo, ¿por qué decidió crear el universo? No lo hizo por soledad ni porque necesitara algo que le hiciera falta. Creó todas las cosas para manifestar la gloria de su poder, su sabiduría y su bondad. Desde las galaxias más inmensas hasta la más pequeña gotita de rocío, toda la creación proclama la grandeza de su creador. El universo no es un accidente ni el producto del azar; es la obra del Dios soberano.

PREGUNTA: ¿Qué es la Obra de la Creación?

Textos bíblicos para memorizar:

«Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía». ***Heb 11:3***

«Y vio Dios todo lo que había hecho, y él aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto». ***Gn 1:31***

En estas líneas, la Escritura nos quita la venda de los ojos. El autor de hebreos nos revela que el mundo material no proviene de elementos que ya existían flotando en el espacio, sino del decreto invisible del Altísimo. Al mismo tiempo, el relato completo del Génesis nos certifica que cada rincón de lo creado salió de Sus manos limpio, útil y reflejando una armonía perfecta.

El Conocimiento del Dios Vivo:

Cuando nos detenemos a contemplar el orden de las estrellas o la inmensidad del océano, la teología nos exige dar un paso más allá de la simple admiración científica. Como bien apuntaba el pastor Sugel Michelem, «*reconocer a Dios como Creador es la base necesaria para comprender nuestra propia pequeñez y nuestra absoluta dependencia de Él; significa postrar el orgullo ante un Ser que no nos necesita para ser feliz, pero que decide darnos vida por la sola voluntad de Su gracia*»

Atravesar las páginas de las Escrituras nos confronta con el milagro de que Dios hizo todas las cosas de la nada. Él no operó como un artesano humano que necesita madera o arcilla para empezar a trabajar; antes del primer suspiro del tiempo, solo existía la bendita comunión de la Trinidad. Dios habló, y la nada tuvo que abrirle paso a la existencia. Este despliegue de omnipotencia no requirió fatiga ni batallas, ocurrió únicamente por la palabra de Su poder. Esa misma voz soberana estructuró la creación en el sabio lapso de seis días, demostrando que nuestro Dios no es autor de confusión, sino de orden, propósito y paciencia. Al completarse el diseño, el veredicto divino fue rotundo: todo era muy bueno.

El dolor, el caos y la muerte que hoy fracturan el mundo no son parte del plano original del Arquitecto, sino las cicatrices del pecado. Meditar en la creación nos devuelve el descanso al alma: si la voz de tu Padre tuvo el poder de traer la luz a partir de la nada absoluta, esa misma Palabra poderosa puede hoy ordenar y llenar cualquier vacío en tu propio corazón.

Concepto para memorizar:

«La obra de la creación es que Dios hizo todas las cosas de la nada, por la palabra de su poder, en el lapso de seis días, y todas muy buenas.»

5. EL HOMBRE CREADO POR DIOS

Cuando contemplamos la inmensidad del universo, las galaxias que se expanden y los océanos que rugen, es fácil sentirse pequeño e insignificante. Sin embargo, las Escrituras nos revelan que Dios no dio por terminada Su obra con las estrellas. El lienzo de la creación todavía esperaba Su pincelada más íntima y deliberada. Dios no creó al ser humano en masa

ni como una parte más del paisaje; lo diseñó para ser el espejo de Su propia gloria en la tierra, el invitado de honor en Su creación.

Comprender nuestro origen no es una simple curiosidad histórica; es la única manera de entender quiénes somos, el valor que tenemos y el noble propósito para el cual fuimos rescatados.

PREGUNTA: ¿Cómo creó Dios al hombre?

Textos bíblicos para memorizar:

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó». ***Gn 1:27***

«...y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad» ***Ef 4:24***

El relato del Génesis nos transporta al momento cumbre de la creación, donde Dios establece una diferencia eterna entre el ser humano y el resto de los seres vivos: nosotros llevamos su sello personal. Siglos después, el apóstol Pablo nos aclara en su carta a los Efesios en qué consiste recuperar ese diseño original: en reflejar Su justicia, Su santidad y Su verdad en un mundo quebrantado.

El Conocimiento del Dios Vivo:

Para comprender el valor y el propósito de nuestra existencia, debemos detenernos en una de las verdades más profundas de toda la Escritura: el ser humano fue creado a imagen de Dios. Esta expresión aparece desde las primeras páginas de la Biblia y distingue al hombre y a la mujer de toda la creación. Ni siquiera los ángeles reciben este título. Dios decidió poner su sello sobre la humanidad, otorgándole una dignidad única y un propósito especial dentro de su creación.

Ser creados a imagen de Dios no significa que poseamos una apariencia física semejante a la de Él, pues Dios es Espíritu (Jn. 4:24). Más bien, significa que fuimos creados para reflejar, de manera limitada y dependiente, algunos de sus atributos comunicables y para

representar su gobierno sobre la tierra. Dios nos creó como seres personales, capaces de conocerle, amarle, obedecerle y vivir en comunión con Él.

Por esta razón, el ser humano posee *facultades* que reflejan el diseño de su Creador. Dios nos dotó de razón, para pensar y comprender la verdad; de *voluntad*, para tomar decisiones responsables delante de Él; y de *afectos*, para amar, alegrarnos, entristecernos y relacionarnos tanto con Dios como con nuestro prójimo. El Dr. Levi Bernston en su estudio de la imagen decía: *«Estas facultades nos distinguen del resto de la creación y hacen posible una relación consciente con el Señor. Aunque el pecado afectó profundamente a cada una de ellas, no fueron destruidas por completo.»*

Es importante comprender que la imagen de Dios no pertenece únicamente a los creyentes. Todo ser humano, sin importar su nación, cultura, edad o condición espiritual, continúa siendo portador de la imagen de Dios. Incluso quienes viven lejos del Señor conservan esa dignidad, aunque la imagen se encuentre profundamente distorsionada por el pecado. Esta verdad explica por qué toda vida humana posee un valor incalculable y debe ser respetada y protegida desde su concepción hasta su muerte natural (Gn. 9:6; Stg. 3:9).

La Escritura también enseña que Dios creó al ser humano como varón y mujer (Gn. 1:27). Ambos fueron creados igualmente a imagen de Dios y poseen la misma dignidad, el mismo valor y la misma importancia delante de Él. Sin embargo, Dios también los hizo diferentes y complementarios. Estas diferencias no son producto de la cultura, ni consecuencia de la caída, sino parte del diseño perfecto establecido por el Creador desde el principio.

Esa complementariedad se manifiesta tanto en la constitución del hombre y de la mujer como en las responsabilidades que Dios les encomendó. Cuando cada uno vive conforme al propósito para el cual fue creado, refleja de una manera más plena la sabiduría, el orden y la gloria de Dios. La igualdad de dignidad nunca elimina la diferencia de funciones que el Señor estableció en su buena creación.

Además, Dios dio al ser humano el mandato de ejercer dominio sobre la creación (Gen. 1:28). Este dominio no debe entenderse como una autorización para explotar o destruir

el mundo, sino como un llamado a administrarlo fielmente como mayordomos del Señor. La creación pertenece a Dios; nosotros solamente somos sus administradores y debemos cuidarla conforme a su voluntad.

Sin embargo, el pecado dañó profundamente la imagen de Dios en el hombre. Nuestra razón fue oscurecida, nuestra voluntad quedó inclinada al mal y nuestros afectos fueron desordenados. Aunque la imagen de Dios no desapareció, sí quedó gravemente corrompida. Por esa razón, la obra de Cristo no consiste únicamente en perdonar nuestros pecados, sino también en restaurarnos progresivamente conforme a la imagen de nuestro Creador. Como enseña el apóstol Pablo, el nuevo hombre ha sido creado *«según Dios en la justicia y santidad de la verdad»* (Ef. 4:24) y renovado *«conforme a la imagen del que lo creó»* (Col. 3:10).

Comprender que fuimos creados a imagen de Dios transforma la manera en que vemos nuestra propia vida y la de los demás. Nuestra identidad no depende de nuestros logros, capacidades o reconocimiento, sino de haber sido creados por Dios y para Dios. Solo cuando vivimos para glorificarle encontramos el verdadero propósito para el cual fuimos creados.

Concepto para memorizar:

«Dios creó al hombre varón y hembra, a Su propia imagen, en conocimiento, justicia y santidad, con Dominio sobre las criaturas».

6. LA ENTRADA DEL PECADO

Si Dios creó todas las cosas de la nada y las hizo «*muy buenas*», y si diseñó al ser humano como la corona de Su creación para reflejar Su gloria, la pregunta que inevitablemente asalta nuestra mente es: *¿Qué salió mal?* Al mirar a nuestro alrededor, no vemos un jardín perfecto; vemos un mundo fracturado, corazones heridos y una inclinación constante hacia el egoísmo. Para comprender la maravillosa historia de la redención y el rescate de Dios, primero debemos tener el valor de mirar de frente a la grieta que lo cambió todo. Debemos entender qué es esa fuerza destructiva que nos alejó del diseño original de nuestro Creador.

PREGUNTA: ¿Qué es el Pecado?

Textos bíblicos para memorizar:

«Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.» ***1 Jn 3:4***

«Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.» ***Rom 3:23***

El Conocimiento del Dios Vivo

Mientras iba estudiando este tema para compartirles, recordaba que, en un campamento, una hermana me preguntó: ¿Qué es el pecado? Esa pregunta me hizo ver la urgencia de que todos sepamos definir el pecado no según la cultura, sino según las Escrituras.

Para comprender la cura que Cristo ofrece, primero debemos ser lo suficientemente honestos como para comprender la gravedad de la enfermedad. En la cultura actual y las iglesias actuales, solemos suavizar nuestros errores llamándolos *«deslices», «debilidades de carácter»* o simplemente «*fallas humanas»*. Pero si queremos conocer a Dios de verdad, debemos ver el problema con Sus ojos. Como solía insistir Van Til, «*la tragedia del hombre moderno es que ha perdido el sentido de la majestad de Dios, y al perder la grandeza de Dios, ha perdido también la noción de lo terrible y destructivo que es el pecado*.»

En primer lugar, el pecado es cualquier falta de conformidad con la ley de Dios. Esto significa *«no dar en el blanco»,* quedarnos cortos del estándar de santidad que Dios nos pide. Es una actitud pasiva. Pecamos no solo cuando hacemos lo malo, sino cuando dejamos de reflejar Su carácter; cuando nos falta amor, cuando callamos ante la injusticia, o cuando simplemente sugerimos ignorar lo que sabemos que agrada a Dios. El apóstol Santiago lo resumía de esta manera en (St 4:17): *«Al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado»*.

En segundo lugar, el pecado es la transgresión activa de la ley de Dios. Esto es cruzar la línea de manera deliberada. Es cuando Dios nos dice *«no codicies», «no mientas», «no guardes rencor»,* y nosotros decidimos dar el paso y hacerlo de todos modos. Es una rebelión

de nuestra voluntad que busca destronar a Dios de su lugar soberano para sentarnos a nosotros mismos.

Cuando pecamos, no estamos simplemente rompiendo una regla; estamos lastimando una relación de amor con nuestro Creador. Por eso el salmista David, en medio de su dolor y arrepentimiento, exclamaba con el corazón roto en el (Sal 51:4) *«Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos».* Reconocer esto nos humilla profundamente, pero también nos abre los ojos a la alegría más grande de todas: darnos cuenta de que la gracia de Dios es muchísimo más profunda que el peor de nuestros pecados.

Concepto para memorizar:

«El pecado es cualquier falta de conformidad con o transgresión de la ley de Dios.»

7. LA ENCARNACIÓN DE CRISTO

Si la herida del pecado es tan profunda que nos ha dejado destituidos de la gloria de Dios, la respuesta de nuestro Creador no fue abandonarnos a nuestra propia ruina. Tampoco se limitó a enviarnos un mensaje de rescate desde la seguridad de Su trono celestial. El amor de Dios se describe en la Escritura con el lenguaje del acercamiento. Para tender un puente sobre el abismo insalvable que el pecado había cavado, el eterno Hijo de Dios decidió hacer algo que desafía toda lógica humana: se vistió con nuestra propia fragilidad, asumiendo nuestra carne para poder rescatar nuestra alma.

PREGUNTA: ¿Cómo Cristo se hizo Hombre?

Textos bíblicos para memorizar:

«Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.» ***Heb 2:14***

«Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo.» ***Mt 26:38***

«Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley.» ***Gl 4:4***

«Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.» ***Heb 4:15***

Estas preciosas líneas de la Escritura nos desvelan que el rescate no se hizo desde la distancia. El Hijo de Dios no consolidó una apariencia humana pasajera, sino que tomó una humanidad real: un cuerpo físico que sintió el cansancio y un alma humana que experimentó la tristeza profunda. Y lo hizo naciendo de una mujer por el poder del Espíritu, viviendo la misma vida difícil que nosotros vivimos, pero manteniéndose completamente limpio y libre de la mancha del pecado.

El Conocimiento del Dios Vivo:

Hacerse hombre es, sin duda, el acto más humilde y asombroso del universo. El apóstol Pablo lo describe maravillosamente al decir que Jesús *«se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres»* (Fil 2:7). Como nos recordaba Agustín con esa reverencia tan suya, *«el gran misterio del Evangelio no es que un hombre se haya convertido en Dios, sino que Dios se haya convertido en un niño indefenso, acostado en un pesebre»*. Es el Creador del universo caminando sobre el polvo de Su propia creación.

Para salvarnos, Jesús no podía ser un fantasma ni un ángel disfrazado. La escritura nos enseña que tomó un cuerpo verdadero, un cuerpo que experimentó hambre, que lloró ante la tumba de un amigo y que sintió el dolor real de los clavos en la cruz, y un alma racional, es decir, una mente, una voluntad y emociones verdaderamente humanas. En el huerto de Getsemaní, al exclamar *«Mi alma está muy triste, hasta la muerte»* (Mat 26:38), Jesús nos mostró que Su humanidad no era un traje de teatro. Él sintió la angustia, el peso del abandono y la tristeza en lo más profundo de su ser. Sabe lo que está cansado, herido y tentado.

Aquí quiero enfatizar un punto importante que muchas veces trae muchas preguntas y hoy responderé: Cuando Jesús dice en la cruz *«¿Por qué me has abandonado?», ¿Qué pasa? ¿Realmente le abandonó?* Para entender el inmenso amor de este momento, debemos

mirar dos cosas: por un lado, Jesús citaba el Salmo 22, en el que David clama a Dios en sus momentos más tristes. En el pueblo judío, al decir la primera frase de un salmo se estaba evocando todo el poema, y ese salmo no termina en derrota, sino en un grito de victoria y alabanza a Dios. Jesús estaba usando las Escrituras en su último aliento para decirnos que la historia no terminaba en el dolor de la cruz, sino en el triunfo definitivo de la redención. Pero, por otro lado, esto no fue un simple poema ni una actuación: en su humanidad, al cargar con toda nuestra culpa y pecado, Jesús sintió verdaderamente en su alma la fría distancia del juicio y la angustia del desamparo. Él experimentó esa profunda oscuridad por amor a nosotros, para que tú y yo nunca tengamos que sentir la separación de Dios.

Por otro lado, la Encarnación no fue únicamente una obra para salvarnos del castigo del pecado en la cruz. Siendo verdaderamente Dios en su naturaleza divina y verdaderamente Hombre en su naturaleza humana sin confundir ambas ni medirlas en porcentajes, Jesús vivió una vida verdaderamente humana bajo la Ley de Dios. Sintió hambre, dolor, cansancio y tristeza como cualquiera de nosotros, y aun así logró algo que ningún otro ser humano pudo jamás: cumplió la Ley a cabalidad, en perfecta obediencia a cada mandamiento. Al hacer esto, no solo ganó una justicia perfecta para regalárnosla, sino que se convirtió en el mayor ejemplo de vida para nosotros. No nos dio un estándar inalcanzable para que busquemos ser «como dioses», sino que nos mostró cómo se ve una humanidad redimida, plena y conforme al corazón de Dios. En Él vemos el modelo perfecto a seguir, el reflejo de cómo debemos vivir, amar y caminar cada día.

Este milagro ocurrió de una forma única: fue concebido por el poder del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. Al nacer de una mujer (Gál 4:4), Jesús se unió verdaderamente a nuestra familia humana; pero al ser concebido de forma sobrenatural por el Espíritu, fue preservado de la herencia del pecado original que todos nosotros arrastramos desde la cuna. Vivió bajo nuestro mismo sol, respiró nuestro aire y fue tentado en todo como nosotros (Heb 4:15), pero sin pecado. Él es el único hombre que jamás falló, el único que pudo mirar al cielo con total limpieza. Y precisamente porque no tenía deudas propias que pagar, su vida perfecta y su muerte inocente pudieron convertirse en el pago absoluto por

todos tus pecados y por los míos. Cada vez que explico o analizo en mi vida este tema, quedo asombrado por lo bueno y amoroso que es Dios.

Concepto para memorizar:

«*Cristo el Hijo de Dios se hizo Hombre al tomar para Sí un Cuerpo verdadero y un Alma racional, al ser concebido por el Poder del Espíritu Santo en el Seno de la Virgen María y haber nacido de ella, pero sin Pecados*».

8. LOS OFICIOS DE CRISTO

Una vez que contemplamos el asombroso misterio de la encarnación, en el que el Hijo de Dios se ve con nuestra propia carne, el entendimiento nos lleva a preguntarnos cuál es el diseño de Su misión. Cristo no vino a este mundo simplemente para dejarnos un buen ejemplo moral o para ser un espectador compasivo de nuestros dolores. Él descendió del cielo con un rescate perfectamente estructurado para sanar cada área de la ruina humana. Para cubrir por completo nuestra ignorancia, nuestra culpa y nuestra desobediencia, el Salvador se presenta ante nosotros vistiendo tres ropajes antiguos, tres oficios sagrados que en el Antiguo Testamento se daban por separado, pero que en Él se unen para siempre.

PREGUNTA: ¿Qué oficios ejecuta Cristo como nuestro Redentor?

Textos bíblicos para memorizar:

«Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis.» **Dt 18:15**

«Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.» **Heb 5:6**

«Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES». **Ap 19:16**

Un pequeño comentario personal...

Quiero ser sincero contigo: escribir estas páginas fue todo un reto para mí. No porque el tema sea raro o complicado, sino porque estamos juntando en un solo lugar tres ideas

grandes de la Biblia —profeta, sacerdote y rey— que casi siempre estudiamos por separado, y ahora las vamos a ver unidas en una sola persona: Jesús.

Volvamos entonces a nuestro estudio.

Antes de seguir, vale la pena entender algo sencillo pero importante: en el Antiguo Testamento, Dios fue dejando *«fotos anticipadas»* de lo que vendría después. A esas fotos anticipadas se les llama ***tipos*** —personas o cosas del Antiguo Testamento que, sin saberlo del todo, iban anunciando algo mejor que vendría. Y a ese *«algo mejor»* que finalmente llega, se le llama el ***antitipo*** — el cumplimiento real y perfecto de esa foto anticipada. Como verás, los profetas, sacerdotes y reyes del Antiguo Testamento fueron esas fotos anticipadas... y Jesús es el cumplimiento perfecto de todas ellas.

Estos tres oficios nos muestran cómo Jesús cumple a la perfección todo lo que Dios le había ido mostrando al pueblo de Israel desde el Antiguo Testamento. Dios usaba profetas para hablarle a su pueblo, sacerdotes para acercarlo a Él, y reyes para gobernarlo. Cuando Jesús vino, Él fue las tres cosas al mismo tiempo y las hizo perfectas, algo que ningún profeta, ningún sacerdote y ningún rey del Antiguo Testamento pudo lograr por sí solo.

Por eso no podemos *«dividir»* a Jesús, es decir, no podemos quedarnos solo con la parte de Él que más nos gusta. No podemos buscar su consuelo como Sacerdote y al mismo tiempo no querer obedecerlo como Rey. Jesús es un Salvador completo para gente que estaba completamente perdida.

El pecado nos dañó en tres áreas, y Jesús viene a arreglar cada una:

Como Profeta: Nos saca de la oscuridad y nos enseña la verdad de Dios.

Como Sacerdote: Se entrega Él mismo para quitar nuestra culpa, y ahora ora por nosotros.

Como Rey: Toma el control de nuestra vida con amor, nos cuida y nos defiende.

Jesús hizo estas tres cosas cuando caminó por esta tierra con pies cansados y murió en la cruz, y las sigue haciendo ahora que resucitó y está en el cielo con toda su gloria.

En tus días de confusión, puedes acudir a Él como tu Profeta para recibir sabiduría; en tus días de culpa, puedes descansar en Él como tu Sacerdote que te limpia; y en tus días de temor, puedes refugiarte en Él como el Rey que tiene el control de tu historia.

Concepto para memorizar:

«Cristo, como Redentor nuestro, ejerce los Oficios de Profeta, Sacerdote y Rey, tanto en Su Estado de Humillación como en Su Estado de Exaltación.»

PREGUNTA: ¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de profeta?

Textos bíblicos para memorizar:

«A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.» ***Jn 1:18***

«Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.» ***Jn 14:26***

El Conocimiento del Dios Vivo:

Cuando el pecado entró en el mundo, no solo contaminó nuestro corazón; también oscureció nuestra mente. Dejamos de pensar como Dios quiere y ya no podíamos conocerlo por nosotros mismos. Si Cristo no hubiera venido a revelarnos al Padre, seguiríamos caminando en la oscuridad, sin entender quién es Dios, quiénes somos nosotros y cuál es el camino de la salvación.

Por eso Juan nos dice que nadie ha visto jamás a Dios, pero que el Hijo lo ha dado a conocer (Jn. 1:18). Jesús no vino simplemente a enseñarnos algunas verdades espirituales; vino a revelarnos perfectamente al Padre. Todo lo que necesitamos conocer de Dios para nuestra salvación lo encontramos en Cristo. Como decía J. I. Packer, *el ministerio profético de Cristo es la respuesta de Dios a nuestra ceguera espiritual. Escuchar a Cristo es comenzar a ver la realidad como Dios la ve y dejar atrás las mentiras con las que este mundo intenta engañarnos.*

Pero Cristo no solo reveló la voluntad de Dios mientras caminó por esta tierra. Él continúa ejerciendo hoy su oficio de Profeta. Lo hace por medio de su Palabra y de su Espíritu. La Palabra nos muestra quién es Dios, cuál es su voluntad y cómo debemos vivir. El Espíritu Santo, por su parte, abre nuestro entendimiento para comprender esa Palabra y aplicarla a nuestra vida. No añade una nueva revelación ni cambia lo que Dios ya ha dicho; nos ayuda a entender y obedecer lo que ya ha sido revelado en las Sagradas Escrituras.

Por eso nunca debemos separar lo que Cristo ha unido. Si alguien busca conocer a Dios solo por medio del estudio, pero sin depender del Espíritu Santo, corre el riesgo de llenar su mente de información sin que su corazón sea transformado. Y, por otro lado, quien busca experiencias espirituales dejando de lado la Palabra terminará fácilmente siguiendo sus emociones antes que la verdad.

Cristo une perfectamente ambas cosas. Nos habla por medio de su Palabra y, al mismo tiempo, por medio de su Espíritu, ilumina nuestro entendimiento para que comprendamos la verdad y vivamos conforme a ella. Como enseña el apóstol Pablo, *«el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios»* (1 Co. 2:14). Solo cuando el Espíritu obra en nosotros podemos entender y abrazar la verdad del evangelio. Así, nuestro gran Profeta no solo nos muestra el camino de la salvación; también transforma nuestra manera de pensar para que aprendamos a amar la verdad de Dios y vivamos para su gloria.

Concepto para memorizar

«Cristo ejecuta el oficio de Profeta revelándonos la voluntad de Dios para nuestra salvación, por medio de su Palabra y Espíritu».

PREGUNTA: ¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de sacerdote?

Textos bíblicos para memorizar:

«Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.» ***Heb 9:28***

«Por lo cual también puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.» ***Heb 7:25***

Estos versículos nos muestran un contraste hermoso. En el Antiguo Testamento, los sacerdotes tenían que ofrecer animales todos los días y esos sacrificios nunca podían quitar la culpa de raíz. En cambio, Jesús se ofreció a sí mismo en la cruz una sola vez y para siempre. Su sacrificio fue perfecto, completo y suficiente para pagar nuestros pecados; nunca tendrá que repetirse. Sin embargo, su obra no terminó con su muerte y resurrección. Hoy, nuestro Señor vive para interceder por nosotros. Esto no significa que tenga que volver a ofrecerse en sacrificio ni que deba convencer al Padre de amarnos. Más bien, como nuestro gran Sumo Sacerdote, representa continuamente a su pueblo delante del Padre sobre la base de su sacrificio perfecto, garantizando que todos los beneficios de la salvación sean aplicados a quienes han creído en Él.

El Conocimiento del Dios Vivo:

Cuando escuchamos la frase «Cristo murió por nosotros», ¿alguna vez nos hemos detenido a pensar qué fue lo que realmente pasó en esa cruz? Muchas veces la repetimos por pura costumbre, pero cuando entendemos el significado profundo de lo que Jesús hizo como Sacerdote, nuestra fe descansa en una roca firme. Si el oficio de Profeta quitó nuestra ceguera espiritual, el oficio de Sacerdote responde al problema más grave que teníamos: nuestra culpabilidad ante un Dios perfectamente santo.

Para comprender este oficio, debemos recordar que el pecado no es un simple error que Dios pueda pasar por alto con una sonrisa. Dios es un juez justo, y su santidad exige que toda desobediencia reciba su justo castigo. Por nuestra naturaleza caída, estábamos completamente desamparados, cargando con una culpa real y bajo la ira santa de Dios. Ninguna obra humana, ninguna buena intención y ninguna lágrima de arrepentimiento podían limpiar nuestra mancha ni satisfacer la justicia divina.

Ahí es donde brilla la gracia soberana de Jesús como nuestro gran Sumo Sacerdote. Como su pueblo era incapaz de pagar la deuda, Él vino a interponerse por nosotros. En la cruz, Jesús cumplió un doble papel: fue el Sacerdote que presentó la ofrenda, pero también

fue el Cordero perfecto que se sacrificó. Él no murió para darnos una oportunidad de salvarnos si nosotros poníamos de nuestra parte; Él murió para librarnos y salvarnos. En el madero, Jesús recibió el castigo exacto que la justicia del Padre exigía por los pecados de Su iglesia. Al ofrecerse a Sí mismo, Cristo satisfizo por completo la justicia divina y abrió el único camino para reconciliarnos con Dios, un beneficio glorioso que se hace efectivo en nuestra vida en el momento en que el Espíritu Santo nos concede la fe para creer. Por eso, al ser justificados por la fe, disfrutamos de esa paz con Dios que menciona (Rom 5:1).

La noticia más consoladora para nuestra vida diaria es que la obra de nuestro Sacerdote continúa hoy en el trono celestial mediante la intercesión continua. Jesús no es un personaje del pasado que nos dejó una bendición y luego se desentendió de nosotros. Él vive para siempre, y Su sola presencia en el cielo garantiza que los Suyos jamás se perderán. Cuando el creyente tropieza o cuando la duda y la debilidad asaltan su corazón, nuestro Sacerdote no nos desecha; Él presenta el valor infinito de Su sangre ante el Padre, asegurando que ninguna acusación pueda prosperar contra los hijos de Dios, tal como nos promete (Rom 8:33-34) Como escribe el apóstol Juan en 1 Juan 2:1, tenemos un abogado fiel, Jesucristo el justo. Nuestra seguridad eterna no depende de la perfección de nuestro caminar diario, sino de la perfección de Aquel que nos compró y que intercede por nosotros cada segundo.

Concepto para memorizar:

«Cristo ejerce el Oficio de Sacerdote al haberse ofrecido a Sí mismo como Sacrificio una sola vez para satisfacer la Justicia Divina y reconciliarnos con Dios, y al hacer Intercesión continua por nosotros.»

9. LA OBRA REDENTORA DE JESUCRISTO

Cuando entendemos que Cristo murió como nuestro Sacerdote, es fácil cometer el error de pensar que Él solo vino a salvarnos de las consecuencias del pecado para luego dejarnos vivir bajo nuestro propio criterio. Pero la obra del Redentor no está incompleta. Jesús no solo pagó nuestra deuda en la cruz para darnos un boleto al cielo; Él nos compró por completo para adoptarnos como Su pueblo. El pecado no solo nos había dejado llenos de culpa, sino también descarriados, débiles y bajo el dominio de un enemigo espiritual muy superior a nosotros.

Para rescatarnos de esa tiranía, no bastaba con un sacrificio; Necesitábamos un Rey soberano que tomara el control de nuestras vidas y nos gobernara con amor y poder.

PREGUNTA: ¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de rey?

Textos bíblicos para memorizar:

«Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder...» ***Sal 110:3***

«Porque es necesario que él reina hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.» ***1 Cor 15:25***

El testimonio de la Escritura es contundente al mostrar que el reinado de Jesús es activo y eficaz. Él no es un rey que observa desde la distancia a ver si Su pueblo decide buscarle, sino que interviene con poder para transformar corazones rebeldes en siervos dispuestos, gobernando la historia con la seguridad de que ninguna fuerza enemiga podrá frustrar Su victoria final.

El Conocimiento del Dios Vivo:

El ser humano nace con una inclinación natural a la rebeldía. Desde la caída de Adán, el corazón de cada persona está enemistado con Dios, ciego en sus propios caminos y completamente esclavo de sus deseos pecaminosos. Nadie, por su propia fuerza de voluntad o sabiduría humana, se inclina jamás a buscar al Creador de verdad. Por eso, el primer acto del reinado de Cristo en la vida de un creyente es sujetarnos a sí mismo. Esto no significa que Jesús nos obligue a seguirle mediante una tiranía violenta, sino que Su gracia es tan poderosa y eficaz que entra en el corazón muerto, quita la resistencia, ablanda la piedra y nos da el deseo sincero de amarle y obedecerle. Fuimos hechos Suyos porque Su poder venció nuestra resistencia.

Una vez que nos ha salvado y nos ha unido a Su reino, Cristo ejecuta Su oficio gobernándonos y defendiéndonos. Él nos gobierna escribiendo Su ley en nuestras mentes y guiándonos a través de Su Palabra, dándonos el pastoreo que nuestra alma tanto necesita. Al mismo tiempo, nos defendemos. Sabemos perfectamente que el cristiano sigue siendo frágil y que camina en medio de un mundo hostil, pero el Rey de la Iglesia cuida de los Suyos con

un celoso santo. Nuestra perseverancia en la fe no depende de nuestras pocas fuerzas, sino del brazo poderoso de nuestro Gobernante, quien promete que nadie nos podrá arrebatar de Su mano.

Finalmente, la soberanía de nuestro Salvador se manifiesta al restringir y conquistar a todos sus enemigos y los nuestros. Vivimos quietos porque sabemos que Satanás, el pecado y la muerte no tienen la última palabra. Nuestro Rey ya venció en la cruz y, aunque hoy permite que los enemigos rujan, los mantiene bajo una línea estricta que no pueden cruzar. Él restringe la maldad para que todo ayude para bien y, en el día final, consumirá Su victoria aplastando por completo todo vestigio de rebelión. Saber que tu Salvador es tu Rey te permite descansar por completo: tu vida, tu santificación y tu eternidad no dependen de la suerte o de las circunstancias, sino del cetro soberano de Aquel que te amó y se entregó por ti.

Concepto para memorizar:

«Cristo ejerce el Oficio de Rey al someternos a Él mismo, al gobernarnos, y defendernos, y al restringir y conquistar todos los Enemigos Suyos y nuestros.»

10. EL ANUNCIO QUE CAMBIA TODO

Unas palabras del autor: Antes de comenzar...

Antes de abordar esta pregunta, considero necesario detenerme y ser completamente honesto contigo. Durante mucho tiempo pensé que entendía el Evangelio. Si alguien me hubiera preguntado qué era, probablemente habría dado una respuesta correcta. Sin embargo, el Señor me mostró que una cosa es conocer una definición y otra, muy distinta, es hacer del Evangelio el centro de nuestra vida y de nuestro servicio.

Recuerdo perfectamente un sábado 17 de enero de 2026. En aquellos días el Señor estaba tratando profundamente con mi corazón. Me hacía ver muchas de mis imprudencias y, sobre todo, me enseñaba la necesidad de descansar en sus tiempos y en su perfecta soberanía. En medio de ese proceso, tenía el compromiso de visitar la Iglesia de Dios Coachaca Chico, para iniciar las enseñanzas con los jóvenes y adolescentes. Yo pensaba que iba a enseñar, pero el Señor tenía preparado enseñarme primero a mí.

Mientras conversábamos, uno de los adolescentes me hizo una pregunta que jamás olvidaré:

Hermano Alex, ¿usted habló del evangelio a su directorio?

Aquellas palabras quedaron grabadas en mi corazón.

Durante el año anterior tuve el privilegio de servir junto a un directorio conformado por siete hermanos. Mi mayor anhelo era que amaran las Escrituras y crecieran en su caminar con el Señor. Compartimos muchas actividades, trabajamos juntos y, con el paso del tiempo, más que un equipo de servicio, llegamos a ser muy buenos amigos.

Sin embargo, al recordar aquel año comprendí algo que nunca antes había visto con tanta claridad. Había dedicado mucho tiempo a organizar el trabajo, planificar actividades y procurar que todo marchara bien, pero no había procurado llevar constantemente a aquel equipo al centro de todo: el evangelio de Jesucristo. Comprendí que el evangelio no es un mensaje que se escucha una sola vez al comenzar la vida cristiana; es la verdad que debe sostener cada enseñanza, cada corrección, cada decisión y cada aspecto de nuestro servicio.

Ese día entendí que es posible amar la sana doctrina, estudiar teología y servir con sinceridad, pero aun así correr el riesgo de reemplazar el evangelio por un simple activismo cristiano. También comprendí que no basta con enseñar la Biblia; debemos enseñar toda la Escritura llevando siempre a las personas hacia Cristo, porque toda ella da testimonio de Él (Jn. 5:39; Lc. 24:27).

Aquel día el Señor también grabó una lección en mi corazón que, hasta hoy, procuro no olvidar: antes de pensar en cualquier responsabilidad que Él pueda confiarme en el futuro, necesito aprender a amarle a Él por encima de todas las cosas. Solo quien ama verdaderamente a Cristo podrá ayudar a otros a amarle también. Si primero no somos cautivados por el evangelio, difícilmente podremos conducir a otros a vivir a la luz de él.

Por esa razón, quiero hacerte la misma pregunta que cambió mi manera de entender el ministerio: *¿qué es realmente el evangelio?*

PREGUNTA: ¿Qué es el Evangelio?

Textos bíblicos para memorizar:

«Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual, asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras;» ***1 Cor 15:1-4***

«Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío, primeramente, y también al griego» ***Rom 1:16***

El apóstol Pablo nos resume el Evangelio de una forma que no deja espacio a la confusión ni a las opiniones humanas. El Evangelio no es un consejo moral para mejorar nuestra conducta, sino un hecho histórico absoluto: Cristo murió por nuestros pecados y resucitó victorioso. Es un mensaje mediante el cual Dios salva a los que creen. (Rom. 1:16)

El Conocimiento del Dios Vivo:

Para comprender el impacto de la pregunta que me hizo aquel muchacho, y para que tu propio corazón nunca pierda el rumbo en el servicio al Señor, es necesario que definamos el Evangelio con mucha claridad bíblica. La palabra evangelio proviene de un término antiguo que utilizaban los heraldos para anunciar una gran victoria militar. Cuando un ejército salía a defender la nación y ganaba la batalla en el frente, un corredor corría hacia la ciudad para gritar las buenas noticias. Los ciudadanos que se habían quedado resguardados en sus casas no habían peleado, no habían empuñado una sola espada ni habían corrido ningún peligro, pero la noticia del mensajero cambiaba su realidad para siempre: ahora eran libres y estaban a salvo porque alguien más había vencido por ellos.

Sin embargo, para que el grito de ese mensajero realmente cause una alegría desbordante en la ciudad, los habitantes primero tuvieron que haber experimentado el terror de saber que el enemigo venía a destruirlos. Nadie celebra un rescate si no sabe que estaba en peligro de muerte; nadie corre hacia un médico si cree que goza de perfecta salud. Esta es

una regla espiritual inquebrantable: para poder conocer y valorar las buenas noticias, primero necesitamos conocer las malas noticias. Si no entendemos la gravedad de nuestra condición antes de Cristo, el Evangelio nos parecerá un mensaje aburrido, repetitivo y sin valor. La ley de Dios nos muestra que, a causa de nuestra caída en el pecado, estamos espiritualmente muertos, ciegos, completamente incapacitados para salvarnos a nosotros mismos y bajo la justa condena de un Dios tres veces santo.

El espejo de la Ley nos muestra que somos rebeldes convictos que merecemos la separación eterna de nuestro Creador. Solo cuando el corazón humano tiembla ante el peso de sus propias malas noticias, es cuando la cruz de Cristo deja de ser una teoría teológica y se convierte en el tesoro más precioso de la existencia.

Aquí es donde comprendemos la distinción fundamental que todo cristiano debe marcar en su mente: la diferencia entre la Ley y el Evangelio. La Ley de Dios es santa, justa y buena, pero su lenguaje es el mandato:

La Ley te muestra el diagnóstico de tu enfermedad espiritual, te dice lo que tú tienes que hacer, las obras que debes presentar y la altura perfecta que debes alcanzar para agradar a Dios.

El Evangelio, por el contrario, no es una lista de instrucciones, no es un reglamento de buena conducta y tampoco es un manual de consejos para ser un mejor ciudadano. El Evangelio es el reporte histórico de lo que Alguien más ya hizo por ti para sanar esa enfermedad terminal. Mientras que la Ley te exige una obediencia perfecta que tú jamás podrás cumplir debido a la profunda inclinación pecaminosa de tu corazón, el Evangelio te anuncia que Jesucristo ya cumplió esa obediencia en tu lugar de principio a fin.

Las escrituras nos recuerdan que la salvación es una obra puramente divina, planificada por el Padre, ejecutada por el Hijo y aplicada eficazmente por el Espíritu Santo. Nosotros no aportamos absolutamente nada para nuestra redención, excepto el pecado que hizo necesario el sacrificio de Jesús. Por eso, cuando hablamos del Evangelio, estamos hablando única y exclusivamente de la Persona y la obra de Cristo.

El Evangelio anuncia que el eterno Hijo de Dios se hizo hombre, vivió bajo el sol una vida de total e impecable sumisión a los mandatos de Su Padre, y luego fue llevado a la cruz. En ese madero, Jesús no murió como un mártir desamparado ni como un simple ejemplo de moralidad; Él murió reemplazando legalmente a Su iglesia. Toda la ira santa de Dios que nosotros merecíamos por nuestras rebeliones, descuidos e imprudencias diarias cayeron sobre Sus hombros inocentes. Él absorbió el castigo completo, pagó la deuda hasta el último centavo y cerró el expediente de nuestra condenación. Tres días después, las cadenas de la muerte se rompieron y Su resurrección proclamó al universo entero que Su sacrificio había sido aceptado por el Padre y que la victoria era absoluta.

Este mensaje es el único que tiene el *«poder de Dios»* porque cambia por completo el motor de nuestra vida cristiana. El ser humano que no entiende las malas noticias de su incapacidad y las buenas noticias de la victoria de Cristo, vive bajo el peso del legalismo, sirviendo a Dios por miedo al castigo o por el deseo egoísta de ganar una recompensa a través de sus méritos.

El que vive así piensa que su seguridad depende de qué tan bien oró hoy, de cuántas páginas de la Biblia leyó o de qué tan perfecto fue su servicio en la iglesia. Pero cuando el Espíritu Santo abre nuestros ojos al Evangelio, descubrimos que nuestra aceptación delante del Padre ya fue ganada y asegurada por Cristo en la cruz. Ya no servimos para ser salvos, sino que ya hemos sido salvados por pura gracia soberana. El servicio deja de ser una pesada obligación y se convierte en un desbordamiento de amor y gratitud hacia Aquel que nos amó primero.

Por esta razón, el Evangelio nunca puede ser considerado simplemente como la «materia de primaria» con la que comienza la vida cristiana, como si después de creer tuviéramos que pasar a cosas *«más profundas»*. El Evangelio es el aire que la iglesia necesita respirar cada segundo. Es el fundamento de la *justificación* y es la única fuerza real para nuestra *santificación* diaria. Cuando olvidamos la centralidad de la cruz, nuestros ministerios se vuelven secos, nuestras correcciones se vuelven rígidas y nuestras iglesias se llenan de activismo, pero se vacían de Cristo.

Nos convertimos en administradores de estructuras humanas en lugar de ser heraldos de la gracia divina. Mantener el Evangelio en el centro significa recordar que todo lo que hacemos debe conducirnos a amar a Dios sobre todas las cosas. Cuando valoramos las buenas noticias porque reconocemos el horror de las malas, el servicio fiel nace de manera natural; empezamos a amar Su Evangelio, a amar Sus Escrituras y a amar a Dios con entendimiento, sabiendo que nuestra vida ya no nos pertenece, sino que está escondida con Cristo en Dios.

Concepto para memorizar:

«El Evangelio son las Buenas Nuevas de la libre gracia de Dios, el cual anuncia que Cristo cumplió la ley, murió por los pecados de Su pueblo y resucitó para darnos vida eterna, logrando una salvación perfecta que se recibe únicamente por la fe».

11. LA JUSTIFICACIÓN

Habiendo comprendido la obra perfecta de Cristo como nuestro Profeta, Sacerdote y Rey, llegamos ahora al corazón mismo del Evangelio: la forma en que Dios nos aplica ese rescate y nos recibe en Su presencia. Si somos completamente honestos con nuestra condición, la idea de presentarnos ante un Dios tres veces santo debería hacernos temblar. Nuestra conciencia nos acusa, conocemos nuestras fallas y sabemos que no tenemos nada lo suficientemente limpio como para impresionar al Creador. ¿Cómo puede un Dios perfectamente justo recibir a un pecador sin manchar Su propia santidad? La respuesta a este dilema humano es el milagro de la justificación, la verdad gloriosa que sostiene la paz de nuestra alma y que nos asegura que nuestra aceptación ante el cielo no es una sospecha, sino una realidad legal firme, que no cambia.

PREGUNTA: ¿Qué es la Justificación?

Textos bíblicos para memorizar:

«Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús,» ***Rom 3:24***

«Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.» ***2 Cor 5:21***

«Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe;» ***Fil 3:9***

El apóstol Pablo nos quita todo peso de encima al revelarnos el asombroso intercambio del Evangelio. En la cruz, Dios trató a Jesús como si Él hubiera cometido nuestros pecados, para que hoy, al creer, Dios nos trate a nosotros como si hubiéramos vivido la vida perfectamente obediente de Su Hijo. No se trata de una recompensa que ganamos por esforzarnos, sino de un regalo legal que se recibe únicamente con las manos vacías de la fe.

El Conocimiento del Dios Vivo:

Uno de los errores más comunes y peligrosos en las iglesias es confundir la justificación con un proceso donde el ser humano se va haciendo bueno poco a poco. La teología bíblica nos cuida de este error al enseñarnos que la justificación no es un trabajo progresivo, sino un acto instantáneo. Es la decisión de un juez en un tribunal. En el momento exacto en que una persona cree en Jesús, Dios golpea el estrado celestial y pronuncia una sentencia definitiva sobre su vida. Esa sentencia consta de dos partes maravillosas que cambian nuestro destino para siempre.

En primer lugar, en este acto Dios perdona todos nuestros pecados. Esto significa que el registro de tus deudas pasadas, presentes y futuras ha sido completamente borrado. La justicia divina ya recibió el pago total en el cuerpo de Cristo, por lo que Dios jamás volverá a cobrarte esa cuenta ni a mirarte con ira. Pero el Evangelio hace algo todavía más profundo: Dios no solo nos deja en "cero", sino que además nos acepta como justos ante Sus ojos. Si el perdón limpia nuestra pizarra, la aceptación nos viste con ropas reales. Cuando Dios te mira, no te ve como un criminal perdonado que está bajo sospecha; te ve con el mismo agrado, amor y aprobación con el que mira a Su propio Hijo Jesús.

¿Cómo es esto posible si nosotros seguimos fallando en nuestra vida diaria? Las escrituras nos dan la clave al decir que esto ocurre solo por la justicia de Cristo que nos es imputada. La palabra imputada es un término que viene de la contabilidad y significa *«poner en la cuenta de alguien»*. Imagina que tienes una deuda multimillonaria que te es imposible pagar y estás en la quiebra absoluta; entonces, un multimillonario entra al banco, borra tu

deuda y transfiere toda su fortuna a tu cuenta corriente. Esa es la imputación. Tu pecado fue puesto en la cuenta de Jesús en la cruz, y la obediencia perfecta de Jesús fue puesta en tu cuenta en el tribunal de Dios. Dios te declara justo no porque tú lo seas en ti mismo, sino porque llevas puesta la justicia impecable de Su Hijo.

Finalmente, las Escrituras enfatizan que este intercambio maravilloso lo recibimos solo por la fe. La fe no es una obra buena que añade mérito, ni es una fuerza mental que convence a Dios; la fe es simplemente la mano del mendigo que se extiende para recibir el regalo de la gracia. No te justificas por la intensidad de tu fe, sino por el Salvador en quien está puesta esa fe. Saber esto destruye por completo el orgullo espiritual y ahuyenta el temor al abandono: tu derecho a entrar al cielo y tu paz con el Padre no depende de lo bien que te hayas portado esta semana, sino de que estás legalmente vestido con la justicia perfecta de Cristo, la cual nadie te podrá quitar jamás.

Concepto para memorizar:

«La Justificación es un Acto de la libre Gracia de Dios en el que Él perdona todos nuestros Pecados, y nos acepta como Justos ante Sus ojos, solo por la Justicia de Cristo que nos es imputada, y que recibimos solo por la Fe».

12. LA ADOPCIÓN

PREGUNTA: ¿Qué es la adopción?

Textos bíblicos para memorizar:

«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él» ***1 Jn 3:***

«Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.» ***Jn 1:12***

«Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.» ***Rom 8:14***

El Conocimiento del Dios Vivo:

Si la justificación es el acto por el cual Dios nos declara justos al vestirnos con la justicia perfecta de Cristo, resolviendo para siempre nuestra deuda delante de Él, la adopción es el acto por el cual Dios nos recibe como sus hijos y nos da un lugar en su propia familia. No somos simplemente criminales absueltos que ahora caminan libres por las calles; somos rebeldes perdonados a quienes el Juez de toda la tierra se sienta a la mesa de Su hogar y los llama por su nombre. Las Escrituras nos recuerdan que esta realidad no es un proceso gradual que logramos con nuestro esfuerzo, ni una condición que alcanzamos a medida que maduramos en las Escrituras. Al igual que la justificación, la adopción es un acto definitivo de la libre gracia de Dios. Esto significa que ocurre en un instante, es perfecto desde el primer momento y su fundamento descansa por completo en el amor soberano del Padre, no en nuestras capacidades ni en nuestra fidelidad.

Para valorar verdaderamente esta buena noticia, el corazón debe volver a recordar el peso de las malas noticias de nuestra condición original. Por naturaleza, a causa de la caída en el Edén, ninguno de nosotros era hijo de Dios; éramos por esencia hijos de ira, extraños a los pactos de la promesa y huérfanos espirituales que vagaban en la oscuridad de su propia rebelión. No teníamos ningún derecho legal sobre la herencia celestial ni ninguna razón para esperar la benevolencia del Creador. Sin embargo, por medio de la obra perfecta de Jesucristo, quien es el Hijo unigénito por naturaleza, se nos ha otorgado el derecho de ser contados en el número de Su familia. Cuando el Espíritu Santo nos une a Cristo por la fe, el Padre nos mira a nosotros con el mismo amor complaciente e inquebrantable con el que mira a Su propio Hijo.

Esta verdad transforma por completo el motor con el que ejercemos cualquier servicio o ministerio. El esclavo trabaja porque teme al castigo del amo o porque busca ganarse el sustento diario; vive en una constante inseguridad, sabiendo que un descubierto puede costarle su lugar en la casa. El hijo, en cambio, sirve desde una posición de absoluta seguridad y aceptación. Sabe que su lugar en la mesa no depende de su desempeño diario en el campo de trabajo, sino del lazo eterno de la paternidad legalizada en la cruz. Cuando entendemos que somos hijos adoptados, el miedo legalista que paraliza el alma desaparece y da lugar a

una profunda reverencia. Ya no buscamos desesperadamente impresionar a Dios para que nos apruebe; servimos con gozo porque ya fuimos plenamente aprobados y amados en el Amado.

Ser recibidos en la familia divina implica también tener un acceso inmediato a todos Sus privilegios eternos. El apóstol Pablo nos enseña que el Espíritu que habita en nosotros no es un espíritu de esclavitud para volver a caer en el temor, sino el Espíritu de adopción, por el cual clamamos con plena confianza: ¡Abba, Padre! Este término íntimo nos revela que podemos acercarnos al Creador del universo en cualquier momento con nuestras debilidades, cargas y dudas, sabiendo que seremos escuchados por un Padre que nos cuida con perfecta ternura. Además, la adopción realmente incluye la maravillosa promesa paternal, garantizándonos que, si los padres terrenales saben dar buenas dádivas a sus hijos, cuánto más nuestro Padre celestial cuidará de cada uno de nuestros pasos y nos dará lo que necesitamos en Su perfecto tiempo.

Incluso la disciplina del Señor, que muchas veces puede resultar dolorosa o difícil de comprender en el momento de la prueba, se convierte bajo esta doctrina en una evidencia irrefutable de Su amor. Dios nunca disciplina a Sus hijos escogidos con la ira de un juez que ejecuta una sentencia de condenación, sino con la sabiduría y la firmeza de un Padre que anhela nuestra santificación y nos está formando para reflejar la imagen de Cristo. La herencia que nos espera al final del camino no es una recompensa material efímera, sino la gloria eterna de compartir el reino con nuestro hermano mayor, Jesús. Por lo tanto, comprender la adopción es el combustible definitivo para cumplir el gran mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas. Cuando contemplamos el amor incomprensible del Padre al adoptarnos siendo Sus enemigos, nuestros corazones son transformados, capacitándonos para vivir y servir en Su obra no por obligación, sino por el puro gozo de complacer a Aquel que nos llama Sus hijos.

Concepto para memorizar: *La Adopción es un Acto de la libre Gracia de Dios, mediante el cual somos recibidos en el Número de los Hijos de Dios, y tenemos Derecho a todos sus Privilegios.*

13. LA SANTIFICACIÓN

PREGUNTA: ¿Qué es la santificación?

Textos bíblicos para memorizar:

«...y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestidos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.» ***Ef 4:23-24***

«Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, «así también» lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.» ***Rom 6:4,6***

El Conocimiento del Dios Vivo:

Después de maravillarnos con la Justificación y la Adopción, nuestra mente podría verse tentada a pensar que la vida cristiana consiste únicamente en un cambio de papeles legales. Podríamos concluir erróneamente que, como ya fuimos declarados inocentes en el tribunal y adoptados en la familia de Dios, no importa cómo vivamos el resto de nuestros días bajo el sol. Sin embargo, la verdad bíblica nos frena de golpe al introducir la verdad de la santificación, marcando una diferencia fundamental que todo creyente debe comprender. Mientras que la justificación y la adopción son actos instantáneos que cambian nuestra posición legal delante de Dios de una vez y para siempre, la santificación es una obra continua y progresiva que cambia nuestro carácter moral y nuestra forma de vivir cada día. Dios no solo nos salva del castigo del pecado, sino que inicia un proceso profundo para salvarnos del poder y la contaminación del pecado en nuestra vida diaria.

Para valorar la hermosura de esta obra, es indispensable volver a mirar las malas noticias de lo que el pecado le hizo a nuestra humanidad. El pecado no solo nos dejó cargados de culpa jurídica y desamparados como huérfanos; también corrompió todo nuestro ser. Nuestra mente quedó entenebrecida, nuestros deseos se torcieron y nuestra voluntad se volvió

esclava de la desobediencia. Estábamos moralmente deformados, reflejando el egoísmo y la rebelión en lugar de reflejar a nuestro Creador. Por eso, las buenas noticias del Evangelio no se limitan a perdonarnos, sino que incluyen la promesa de que Dios va a restaurar lo que el pecado destruyó. La santificación es precisamente esa obra soberana donde el Espíritu Santo toma el control del creyente y comienza a remodelar su vida, trabajando pacientemente hasta que todo nuestro ser nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestras palabras y nuestras acciones sea renovado conforme a la imagen de Dios.

Esta transformación, aunque requiere de nuestra activa participación y obediencia, sigue siendo descrita por la teología de las Escrituras como una obra de la libre gracia de Dios. Esto nos cuida del peligroso error de pensar que nos santificamos por nuestras propias fuerzas o por medio de un esfuerzo humano independiente. No nos hacemos santos para que Dios nos ame, sino que, porque Dios ya nos ama por pura gracia, Su Espíritu Santo produce en nosotros tanto el querer como el hacer por Su buena voluntad.

Él nos da las fuerzas, el deseo y la capacidad que por naturaleza no tenemos. La Escritura explica que esta obra opera en dos direcciones diarias que marcan el caminar del cristiano: morir al pecado y vivir para la justicia. Esto significa que la vida cristiana es una batalla constante donde, por un lado, debilitamos y hacemos morir los viejos hábitos, los pensamientos impuros y las actitudes egoístas; y por el otro lado, alimentamos y cultivamos los frutos del Espíritu, la obediencia a las Escrituras y el amor ferviente hacia el prójimo.

Cuando esta gran verdad se arraiga en el corazón de la iglesia, el servicio y los ministerios adquieren un rumbo completamente saludable. Si intentamos enseñar a los jóvenes a portarse bien basándonos únicamente en reglas humanas y listas de prohibiciones, lo único que produciremos serán fariseos modernos: personas que aparentan una conducta limpia por fuera, pero que por dentro están llenas de orgullo y vacías de amor a Dios.

La santificación bíblica no nace del temor legalista ni del deseo de impresionar a los hermanos de la congregación; nace de un corazón que ha sido cautivado por el amor de Cristo en el Evangelio. Nos apartamos del pecado no porque tengamos miedo de perder la salvación, sino porque aborrecemos aquello que llevó a nuestro Salvador a la cruz. Buscamos la justicia

no para ganar puntos con el Padre, sino porque anhelamos agradar a Aquel que nos adoptó como Sus hijos. Comprender la santificación nos humilla y nos da constancia, recordándonos que el crecimiento espiritual es un camino largo que dura toda la vida, pero que está garantizado por la fidelidad de Dios, quien promete perfeccionar la buena obra que comenzó en cada uno.

Concepto para memorizar:

«La Santificación es la obra progresiva de la gracia de Dios por la cual el Espíritu Santo renueva todo nuestro ser a la imagen divina, capacitándonos cada vez más para abandonar el pecado y vivir en obediencia a Su justicia».

14. LA LEY MORAL DE DIOS

PREGUNTA: ¿Qué fue lo primero que Dios reveló al Hombre como Regla de Obediencia?

Textos bíblicos para memorizar:

«Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos...» ***Rom 2:14-15***

«Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas.» ***Rom 10:5***

«Creó, pues, Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.» ***Gn 1:27***

El apóstol Pablo nos enseña que Dios jamás ha dejado al ser humano a la deriva en cuanto a la moralidad. Mucho antes de que existieran leyes escritas en libros o tablas de piedra, Dios implantó en la naturaleza misma de nuestra humanidad una norma perfecta para guiarnos. El hombre fue creado para vivir bajo el diseño y la norma de su Creador. (Rom 2:14-15)

El Conocimiento del Dios Vivo:

Mientras estudiaba y buscaba la forma de responder esta pregunta de manera comprensible, no podía evitar recordar una conversación que tuve hace tiempo con una persona que afirmaba no creer en la Biblia ni en Dios. Sin embargo, en medio de la conversación, se indignó profundamente al hablar de una injusticia y dijo: *«¡Es que eso no se le hace a nadie, está mal!»*. En ese instante me di cuenta de cómo, sin darme cuenta, estaba usando un mapa moral interno. Todos nosotros llevamos por dentro ese sensor que nos hace saber que el mal está mal y el bien está bien.

La pregunta planteada nos lleva a ver una rama de la teología sistemática, llamada antropología. Bueno, iniciemos: para comprender esto, debemos mirar el principio de la historia. Cuando Dios creó al primer hombre, no lo dejó en un estado de neutralidad ni a la espera de ver qué se le ocurría hacer. La Escritura nos enseña que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1:27). Esto significa que Dios diseñó la mente, el corazón y la conciencia del ser humano con una regla interior: *la Ley Moral*. No era una lista de mandamientos externos colgados en un muro, sino un reflejo del carácter de Dios grabado directamente en la naturaleza del hombre, capacitándolo para amar a su Creador y vivir en perfecta armonía con Él.

Sin embargo, cuando el pecado entró al mundo, esa realidad se fracturó gravemente. La caída no borró toda la imagen de Dios, pero sí oscureció nuestro entendimiento y torció nuestros deseos. Por eso, aunque el ser humano conserva en su conciencia ese destello de lo bueno y lo malo (Rom. 2:14-15), el pecado hizo que intentáramos reinterpretar las reglas a nuestro favor. La conciencia humana se volvió débil, confundida y propensa a excusar nuestras propias faltas mientras juzgamos las de los demás. Quedamos bajo una ley que nos exige una perfección que nuestra naturaleza caída ya no puede cumplir (Rom. 10:5).

Para librarnos de nuestras propias distorsiones morales, Dios tomó esa misma Ley Moral y la escribió formalmente en los Diez Mandamientos (Ex 20). Pero la ley escrita sirve para mostrarnos nuestra incapacidad y nuestra necesidad desesperada de un Salvador. Aquí es donde el amor de Dios resplandece: Jesucristo vino a este mundo y rindió una obediencia

perfecta a esa Ley Moral en nuestro lugar (Mat 5:17). Y cuando Él nos salva, no destruye la regla moral, sino que cumple una promesa maravillosa: el Espíritu Santo toma esa misma norma y la vuelve a escribir en las tablas de un corazón renovado (Heb 8:10).

Comprender esta verdad nos protege de la falsa idea de que la moralidad es algo que cambia con las modas, las culturas o las opiniones del momento. La Ley Moral no cambia porque Dios no cambia. Cuando enseñamos a otros y servimos en la iglesia, no estamos imponiendo reglas o inventos humanos; estamos invitando a las personas a volver al diseño original con el que fuimos creados. Ya no buscamos obedecer la ley para ganar el favor de Dios o para salvarnos a nosotros mismos, lo cual solo produce orgullo o desesperación, sino que guardamos Su palabra con gozo, reconociendo que obedecer a Dios es la forma más alta de libertad y gratitud por la salvación que Cristo ya nos regaló.

Concepto para memorizar:

La primera Regla de Obediencia que Dios reveló al Hombre fue la Ley Moral.

15. EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO

PREGUNTA: ¿Qué es el arrepentimiento?

Textos bíblicos para memorizar:

«El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia. Bienaventurado el hombre que siempre teme a Dios; mas el que aguanta su corazón caerá en el mal». ***Prov 28:13-14***

«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.» ***1 Jn 1:9***

«Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.» ***2 Cor 7:10***

«Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.»

St 5:16

Las Escrituras nos enseñan que el perdón divino nunca llega a un corazón que busca esconder su falta o justificarse a sí mismo. El verdadero arrepentimiento no es un simple remordimiento ni una técnica para aliviar la culpa, sino un regalo de Dios que nos lleva a romper con el autoengaño, a confesar el pecado con honestidad y a dar un giro radical hacia la misericordia del Padre. (Prov 28:13; 1 Jn 1:9)

El Conocimiento del Dios Vivo

Al ver esta pregunta tan importante, recordé un momento muy particular de mi primer mes en el Seminario (SRL). Una de las primeras materias que cursé fue Consejería Bíblica, y el docente nos asignó un trabajo de investigación. Providencialmente, el tema que me correspondió fue la importancia del arrepentimiento.

¿Por qué ese tema marcó tanto mi vida? Porque coincidió con el mismo período que relaté anteriormente al explicar qué es el evangelio. El Señor ya estaba tratando profundamente con mi corazón. Me estaba mostrando que conocer doctrinas correctas no era suficiente; también debía permitir que esas verdades confrontaran mi propia vida.

En aquellos días experimenté un profundo arrepentimiento. No se trataba de un pecado escandaloso en el sentido en que muchas personas suelen entenderlo, sino de haber quebrantado principios éticos y morales que yo mismo había defendido con firmeza. Aquello produjo en mí un fuerte sentimiento de culpa, pero, sobre todo, la dolorosa conciencia de haber deshonrado gravemente al Señor. Esa realidad hizo aún más dolorosa la convicción de haber deshonrado el nombre del Señor. Una vez más, Dios me recordó la profundidad de mi pecado y cuánto dependía, y sigo dependiendo, de su gracia.

Pensaba que entendía lo que significaba arrepentirse, pero pronto descubrí que aún necesitaba comprender con mayor profundidad esta doctrina bíblica. Aquella experiencia despertó en mí una pregunta que considero fundamental y que deseo responder en este capítulo: *¿Qué es realmente el arrepentimiento*?

Para comprender esta gran verdad, lo primero que debemos preguntarnos es: ¿qué es realmente el arrepentimiento? En su sentido más sencillo y profundo, según la Biblia, arrepentirse significa un cambio radical de mente y de corazón que transforma la dirección

de toda nuestra vida. No es simplemente sentirse triste por haber fallado o tener miedo al castigo; es un giro de 180 grados donde la persona deja de ver el pecado como algo deseable y comienza a verlo como una ofensa contra un Dios santo y amoroso. Al estudiar este tema y reflexionar en lo fácil que es para nosotros justificar nuestras faltas, entendí claramente que el primer paso de este cambio es romper el autoengaño. A menudo intentamos minimizar nuestros errores o culpar a otros, pero la Palabra nos frena al advertirnos que *«el que encubre sus pecados no prosperará» (Prov. 28:13).* Esconder el pecado solo produce ruina espiritual; por eso la confesión es el camino que Dios desarrolló para ponernos de pie ante Su luz.

Confesar no es admitir un fallo con la boca hacia afuera, sino tener una verdadera rendición moral ante nuestro Creador, lo que en la Escritura significa *«coincidir»* plenamente con el juicio de Dios (1 Jn. 1:9): llamar al pecado exactamente como Él lo llama, asumiendo una responsabilidad personal completa. Aquí es crucial distinguir entre la triste vergüenza del mundo que solo se lamenta por ser descubierta y la tristeza piadosa que produce un dolor genuino por haber ofendido a Dios (2 Cor. 7:10). Cuando comprendemos la gravedad de nuestra rebelión y reconocemos nuestra miseria espiritual, la confesión nace del corazón con profunda honestidad. Y la promesa de las Escrituras es firme y consoladora: si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos de toda maldad.

Sin embargo, como el arrepentimiento implica un verdadero cambio de rumbo, no se queda solo en palabras: exige el abandono del pecado. No se le promete misericordia a quien únicamente reconoce su mal, sino a quien la confiesa y se aparta de ella. Este abandono es la evidencia visible de una fe viva; es un giro concreto como el del hijo pródigo, cuyo arrepentimiento no fue solo llorar en la miseria, sino levantarse, abandonar su extravío y regresar a la casa de su padre (Luc. 15). Aquí resplandece la diferencia entre la gracia y la misericordia: mientras la gracia nos da un favor inmerecido, la misericordia salvadora se inclina hacia nuestra miseria para rescatarnos. Esta misericordia no pasa por alto la justicia divina, sino que opera sobre la base de la crucifixión de Cristo, quien pagó nuestra deuda para reconciliarnos plenamente con el Padre.

Por último, la Biblia nos muestra que este arrepentimiento genuino transforma también nuestra vida comunitaria en la iglesia (St 5:14-16). La confesión no es únicamente

un asunto privado, sino un clima de transparencia, humildad y reconciliación mutua entre los creyentes. Cuando la iglesia camina en esta honestidad, las relaciones se restauran y la gracia de Dios se vuelve visible en la comunidad. Entender qué es el arrepentimiento nos libra del orgullo de la autojustificación y nos da una paz profunda, sabiendo que cuando dejamos de esconder nuestras faltas y corremos a Cristo, recibimos una misericordia que no solo perdona nuestro pasado, sino que nos capacita para caminar en una vida completamente renovada.

Concepto para memorizar:

«El Arrepentimiento para Vida es el cambio radical de mente y corazón concedido por Dios, por el cual el pecador rompe el autoengaño, confiesa su falta ante el Creador, abraza la misericordia en Cristo y se aparta del mal para caminar en nueva obediencia.»

16. LOS MEDIOS DE GRACIA

PREGUNTA: ¿Cuáles son los Medios externos por los que Cristo nos comunica los Beneficios de la Redención?

Textos bíblicos para memorizar:

«Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...» ***Mat 28:19-20***

«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.» ***Hech 2:42***

«Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.» ***Rom 10:17***

Desde los días de la primera iglesia, los creyentes no inventaron su propia forma de buscar a Dios ni de crecer en la fe. Cristo mismo desarrolló prácticas sencillas y concretas en la Escritura para alimentar la vida espiritual de Su pueblo y sostenerlo en su caminar diario. (Hch. 2:42)

Los Medios ordinarios de Gracia

Pienso firmemente que la pregunta que hoy responderemos es una de las más urgentes y necesarias en la vida cristiana. Tristemente, a veces se piensa que ser cristiano consiste únicamente en *«creer»* y que el crecimiento espiritual ocurre de forma automática, sin ningún compromiso con la vida de la iglesia ni con las disciplinas bíblicas.

Recuerdo que en un campamento de este año explicaba esto con una analogía muy sencilla: en el desarrollo humano, lo normal es que un niño crezca con el tiempo; lo alarmante sería que no lo hiciera. En la vida con Dios ocurre lo mismo: lo saludable es ver un crecimiento continuo hacia la madurez. Sin embargo, hoy existe un gran descuido en la iglesia que lleva a muchos a conformarse con el estancamiento espiritual.

Esta realidad duele profundamente, en especial cuando consideramos nuestro llamado a asumir una responsabilidad espiritual en nuestros hogares y entornos: dar a conocer la verdad de Dios a quienes nos rodean, guiar a la familia en la oración y cultivar el amor por la comunión con los hermanos. ¿Cómo podremos guiar a otros si nosotros mismos no nos alimentamos con los medios que Dios nos ha dado? Nadie puede dar de lo que no tiene. Al ver nuestra insuficiencia, solo nos queda clamar con humildad: *«Me rindo ante ti, Señor»*.

Es en esa rendición donde reconocemos la sabiduría de Dios. Cristo instituyó estos medios ordinarios para edificar a Su iglesia, y la iglesia apostólica perseveraba fielmente en ellos, dedicándose a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, al partimiento del pan y a las oraciones (Hch. 2:41-42). Estos medios no funcionan de manera automática ni como ritos externos, sino como instrumentos que el Espíritu Santo utiliza para fortalecer la fe y aplicar en el corazón la gracia ganada en la cruz.

Dios, en Su sabiduría, no dejó que Su pueblo dependiera de su propio ingenio o de métodos improvisados para crecer espiritualmente. Él mismo estableció estos medios con Su autoridad como Cabeza de la Iglesia, y por eso ella se aferra a ellos con constancia y fidelidad, en vez de buscar sustitutos que pretendan ocupar su lugar.

Cada uno de estos medios cumple una función esencial en el crecimiento de los creyentes:

- La Palabra de Dios: Instruye nuestra mente, engendra y alimenta la fe, y nos guía en la verdad para no caminar según opiniones humanas. Así como un recién nacido necesita leche para crecer, el creyente necesita la Palabra para su desarrollo espiritual (Rom. 10:17; 1 Ped. 2:2).
- La Oración: Es el medio por el cual expresamos nuestra total dependencia del Padre, entregándole nuestras ansiedades y buscando Su fortaleza para las luchas diarias (Fil. 4:6-7).
- El Bautismo: Es el testimonio público de nuestra unión con Cristo y de nuestra pertenencia a la iglesia (en los próximos capítulos profundizaremos en esta pregunta)
- La Cena del Señor: Es la conmemoración del sacrificio de Cristo en la cruz, que fortalece la fe y profundiza nuestra comunión con Él y con los demás creyentes (1 Cor. 10:16).

Dios utiliza estos medios para preservar a Su pueblo. Nos resguarda de las falsas doctrinas, del engaño del mundo y de las decisiones apresuradas. Y si llegamos a tropezar, el Señor utiliza estas mismas disciplinas para confrontarnos, moldear nuestro carácter y restaurarnos. Cuando nos acercamos a estas ordenanzas con fe, no lo hacemos por mera rutina religiosa, sino con la gozosa expectativa de ser fortalecidos y guiados por Cristo para vivir según Su voluntad.

Concepto para memorizar:

«Los medios de gracia: la Palabra, la oración, el bautismo y la Cena del Señor son los medios ordinarios establecidos por Cristo para fortalecer la fe, preservar al creyente del error y conducirlo hacia la madurez espiritual.»

17. EL SELLO DE NUESTRA UNIÓN CON CRISTO

PREGUNTA: ¿Qué es el bautismo?

Textos bíblicos para memorizar:

«¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el

bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.» ***Rom 6:3-4***

«Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.» ***Gal 3:27***

«Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.» ***Hch 2:38***

El Conocimiento del Dios Vivo:

Hermanos, hoy nos toca hablar del bautismo, y quiero ser muy honesto con ustedes desde el principio. Quizás noten que la enseñanza de hoy será un poco más teológica de lo habitual dentro de este manual, pero hay un motivo muy claro para esto: necesitamos hacer un ejercicio de apologética, es decir, defender con la Biblia lo que verdaderamente debe ser defendido. A nuestro alrededor hay muchas ideas sobre el bautismo que nos han confundido durante años. Y antes de hablar de cómo o cuándo bautizarnos, necesitamos entender qué es el bautismo bíblicamente y romper esquemas que arrastramos.

Así que, con esta perspectiva en el corazón, iniciamos esta carrera y examinamos la Palabra de Dios.

Posiblemente, si aún no te has bautizado, te preguntes qué se siente ese día o tengas muchas otras inquietudes acerca de este paso. Bueno, quizá yo no pueda ayudarte mucho en ese aspecto; creo que necesitamos ver este tema a la luz de las Escrituras.

En el transcurso de los años, estudiando la Biblia y observando la vida de la iglesia, he notado varias ideas que se han vuelto muy comunes. Una de ellas es que muchos hermanos buscan bautizarse en un lugar en específico; cabe recalcar que no estoy en contra de eso, pero es frecuente escuchar eso y, durante mucho tiempo, me hice la siguiente pregunta: ¿por qué existe ese deseo de bautizarse en un lugar específico, como si tuviera un significado especial? Hoy procuraremos examinar esa idea a la luz de las Escrituras.

Otro concepto que he observado en nuestro entorno es que muchos hermanos consideran el bautismo como algo que salva por sí mismo. De la misma manera, algunos

desean bautizarse en un lugar en específico con la esperanza de recibir salvación o incluso sanidad.

También, durante el tiempo que participé en visitas a los hermanos en sus hogares, escuché con frecuencia frases como: *«No quiero bautizarme porque eso significa que ya debo ser santo o portarme bien»*, o *«¿Y si me bautizo y luego fallo?»*. Son expresiones muy comunes entre quienes recién comienzan a asistir a la iglesia e, incluso, entre hermanos que ya llevan mucho tiempo congregándose.

Otro aspecto que observé es el llamado *«bautismo de emergencia»*. En casos de enfermedades graves o situaciones de crisis, algunas personas son bautizadas de manera urgente. De hecho, ese fue mi caso.

Todo esto ocurre en nuestro contexto, pero, a lo largo de la historia, también han surgido muchas preguntas importantes acerca del bautismo. Por ejemplo: ¿qué hace realmente el bautismo?, ¿por qué debemos bautizarnos?, ¿cómo debe administrarse?, ¿debe hacerse por aspersión o por inmersión? Son muchas las preguntas que podrían plantearse, pero en este capítulo responderemos aquellas que considero más necesarias.

Ahora sí, iniciemos nuestro estudio desde la Biblia, porque allí encontramos la respuesta más importante acerca del bautismo.

Desarmando los Mitos: Historia y Consecuencias

Para comprender el propósito verdadero que Cristo le dio al bautismo, debemos examinar de dónde provienen estas ideas, qué daño causan en el creyente y, sobre todo, cómo la Escritura misma desarma cada error. La historia solo nos ayuda a reconocer de dónde viene la confusión; la respuesta final siempre debe venir de la Palabra.

¿El bautismo salva el alma o sana el cuerpo físico?

Desde el siglo III, con figuras como Cipriano de Cartago, comenzó a formularse la idea de que el mero acto físico de aplicar el agua transmitía la gracia salvadora de forma automática. Las consecuencias reales de creer de esta manera son que producen una falsa seguridad espiritual en personas que jamás se han arrepentido, haciéndoles creer que irán al

cielo por cumplir un rito. Además, convierte el bautismo en un mecanismo de auxiliar mágico; si el enfermo no se cura, la familia sufre amargura y confusión espiritual contra Dios.

La Biblia dice con toda claridad que la salvación es únicamente por la fe en la gracia de Dios, no por rituales humanos:

«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.» ***Ef 2:8-9***

El agua no tiene poder para lavar la culpa del pecado ni para sanar el cuerpo de una enfermedad. El apóstol Pedro aclara con precisión el papel del agua:

«El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo...» ***1 P 3:21***

Pedro enfatiza que el bautismo no salva por *«quitar la suciedad del cuerpo»* o por un lavado externo, sino porque es la respuesta pública de una buena conciencia que descansa en la obra terminada de Cristo. Un ejemplo bíblico innegable es el del criminal arrepentido en la cruz (Lc 23:40-43): jamás tuvo la oportunidad de ser bautizado y, sin embargo, Jesús le prometió la salvación esa misma tarde. Quien salva es Cristo; el bautismo es la señal visible de esa salvación recibida por la fe.

Una aclaración sobre Hechos 2:38

A veces surge la duda por la frase *«bautícense... para perdón de los pecados»*. En el griego bíblico, la preposición *eis* (traducida como *«para»*) no siempre indica la causa que produce algo, sino que también señala la base o el resultado de algo que ya ocurrió. Es como cuando decimos *«fue arrestado por robo»:* no significa que el arresto haya provocado el robo, sino que el arresto ocurrió sobre la base del robo cometido. De la misma manera, Pedro llama a bautizarse sobre la base del perdón que se recibe por la fe en Jesús, no como el medio físico que lo produce.

¿Importa el lugar físico?

Con el paso de los siglos, se extendió la veneración a lugares considerados *«sagrados»:* ríos, fuentes o sitios donde predicaron ciertos mártires bajo la creencia de que esas aguas contenían una bendición espiritual superior. Las consecuencias reales de seguir esto son que se fomentan una visión supersticiosa de la fe y el menosprecio de la iglesia local. Se prefiere esperar años por un viaje a un lugar en vez de someterse a humilde obediencia dentro de la congregación donde Dios nos ha colocado para ser cuidados y disciplinados.

Jesús confrontó directamente la falsa idea de que la presencia de Dios o la validez de la adoración depende de un lugar geográfico particular:

«Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.» **Jn 4:21-23**

Bajo el Nuevo Pacto, el agua no es sagrada por su ubicación. En Hechos vemos a los apóstoles bautizando en un camino desierto hacia Gaza (Hch 8:36-38) o en una cárcel a medianoche (Hch 16:33). La eficacia del bautismo no la da el río ni el paisaje, sino la autoridad del Rey que lo ordenó: *«Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos... bautizándolos»* (Mat 28:18-19).

«No me bautizo porque no soy perfecto» o «¿Y si me bautizo y fallo después?

En los primeros siglos se popularizó la práctica de posponer el bautismo hasta el lecho de muerte *«como lo hizo el emperador Constantino»*, bajo la creencia errónea de que pecar después del bautismo conllevaba un juicio casi imposible de perdonar. Las consecuencias reales que vemos son que producen parálisis espiritual, desobediencia prolongada y un tremendo orgullo o desesperanza. Si crees que te bautizas porque ya eres *«santo»*, caes en la justicia propia; y si tropezamos después, surge la falsa idea de que la gracia ya no tiene poder.

La Biblia es contundente al enseñar que en esta vida terrenal ningún creyente llega a estar libre de pecado por completo:

«Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.» ***1 Jn 1:8***

El bautismo jamás se instituyó como una medalla de graduación para los perfectos, sino como el punto de partida público de un pecador necesitado. Al bautizarte, no declara: *«Mírenme, he dejado de fallar»,* sino: *«Mírenme, he sido revestido de Cristo porque solo en Él hay perdón»*.

«Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos.» ***Gal 3:27***

El bautismo no exige perfección previa ni promete inmunidad futura contra la tentación. Lo que la Palabra asegura es que, si tropezamos en nuestro andar diario, tenemos un Abogado ante el Padre a quien acudir en arrepentimiento continuo (1 Jn 2:1-2).

¿Qué es y qué hace realmente el Bautismo?

Habiendo respondido a estos tres grandes errores a la luz del texto sagrado, la respuesta cobra todo su brillo y sentido. El bautismo realiza tres cosas fundamentales en la vida del creyente:

Proclama gráficamente el Evangelio: Al bautizarse, se predica con hechos visibles lo que ocurrió en el corazón: el agua representa que nuestra vieja naturaleza rebelde fue sepultada en la muerte de Cristo, y salir de ella representa que fuimos resucitados juntamente con Él para andar en vida nueva (Rom 6:3-4).

Da testimonio del perdón recibido por la fe: El agua simboliza la limpieza total de nuestras culpas por medio de la sangre derramada en la cruz (Hch 22:16). Es el sello de que ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús.

Sella nuestra unión con Cristo y la Iglesia: es el testimonio de estar *«injertados en Él»* y la puerta de entrada visible a la comunión de los santos. Quienes creyeron en el día de Pentecostés fueron bautizados e inmediatamente añadidos a la congregación local para perseverar en la doctrina, la comunión, el partimiento del pan y la oración (Hch 2:41-42).

Por tanto, bautizarse no es un acto de mérito propio, ni un remedio, ni un evento geográfico. Es la respuesta gozosa y obediente del creyente que le dice al Señor, a la iglesia y al mundo: *«Ya no me pertenezco a mí mismo; he sido comprado por precio y me entrego a Dios por medio de Jesucristo para caminar en una vida completamente nueva».*

No necesitas un río famoso ni haber alcanzado la perfección para dar este paso: necesitas un corazón que cree en el Salvador, dispuesto a obedecer en la iglesia donde Dios te ha puesto.

Concepto para memorizar:

«El Bautismo es una Ordenanza del Nuevo Testamento que fue instituida por Jesucristo, con el fin de ser para la Persona bautizada una Señal de su Comunión con Él, en Su Muerte, Sepultura y Resurrección; de estar injertado en Él, de la Remisión de Pecados, y de su entrega a Dios por medio de Jesucristo, para vivir y andar en novedad de Vida.»

18. EL CUERPO DE CRISTO

PREGUNTA: ¿Qué es verdaderamente la Iglesia y por qué es indispensable congregarnos en una congregación local?

Textos bíblicos para memorizar:

«Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.» ***Mt 16:18***

*«Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.»****1 Co 12:27***

«No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.» ***Hb 10:25***

El Conocimiento de Dios Vivo:

Recuerdo muy bien los días de mi infancia. Mi madre nos llevaba a congregarnos y, en muchas ocasiones, yo iba con entusiasmo porque sabía que, al salir, ella nos compraría un

plato especial; para mí eran momentos especiales. La frase de mi madre siempre era la misma: *«Alex, iremos a la iglesia, alístate, después del culto vamos a comprar un plato especial»*.

Con los años entendí algo: Para mí, a esa edad, *«ir a la iglesia»* significaba simplemente un viaje a un hermoso edificio seguido de un buen almuerzo. Sin embargo, con el tiempo comprendí que ella no me estaba llevando simplemente a visitar un lugar de paredes y bancas; me estaba enseñando a reunirme con la familia de Dios. Esa experiencia de mi niñez despierta una pregunta fundamental que todo creyente debe responder con claridad: *¿Qué significa realmente la Iglesia y por qué debemos congregarnos?*

¿Qué es verdaderamente la Iglesia?

Durante años, por la forma en que crecemos escuchando la palabra *«iglesia»*, pensamos que se trata de cuatro paredes, un techo, un campanario o un salón con bancas de madera. Pero en el idioma en que se escribió el Nuevo Testamento, la palabra utilizada es *Ekklesía*, que no tiene nada que ver con arquitectura. De forma literal y sencilla, *Ekklesía* significa *«los llamados fuera para reunirse»*.

La iglesia no es el lugar a donde vamos; la iglesia es el pueblo que nosotros somos. Es la asamblea de todos los seres humanos que han sido llamados por la gracia de Dios, rescatados del pecado y unidos a Jesucristo por medio de la fe. No es un club social ni un invento humano: la iglesia es la creación de Dios, comprada a precio de la sangre de su propio Hijo en la cruz.

Para que entendamos su riqueza, la Biblia nos la muestra a través de tres imágenes profundas:

Es la Familia de Dios: Dios no solo nos perdonó, sino que nos adoptó como sus hijos. En la iglesia somos hermanos de sangre espiritual, llamados a amarnos, cuidarnos y caminar juntos.

Es el Cuerpo de Cristo: Así como un cuerpo humano tiene manos, ojos y pies, la iglesia es un cuerpo vivo donde cada hermano tiene un don único para servir a los demás. Nadie sobra y nadie puede vivir de forma independiente. Su única Cabeza es Jesucristo.

Es la esposa de Cristo: Expresa el amor, la fidelidad y el compromiso eterno que Jesús tiene con su pueblo, por el cual entregó su propia vida.

Además, debemos comprender que existe la iglesia universal *«Todos los creyentes verdaderos de todos los tiempos y lugares del mundo»* y la iglesia local, que es la congregación concreta donde nos reunimos semana a semana en nuestra ciudad o barrio.

¿Por qué debemos congregarnos?

Hoy en día es muy común escuchar a personas decir: *«Yo creo en Dios a mi manera, me quedo en mi casa porque en la iglesia hay puros hipócritas»*. Pero la realidad es que nadie puede madurar espiritualmente en aislamiento. Una brasa fuera del fuego se apaga sola.

Nos congregamos fielmente en la iglesia local por razones esenciales para nuestra fe:

Recibimos la Palabra para crecer: Dios ha diseñado la predicación comunitaria de las Escrituras como el alimento principal del creyente. La fe se nutre escuchando la verdad de Dios junto a nuestros hermanos.

Cumplimos las ordenanzas del Señor: Es únicamente en el contexto de la iglesia reunida donde obedecemos y participamos del Bautismo y de la Cena del Señor. Estas ordenanzas son cruciales para nosotros porque representan públicamente nuestra fe, nos recuerdan el sacrificio de Cristo y fortalecen nuestra comunión como cuerpo.

Nos ayudamos en oración y nos sostenemos: Nos reunimos para levantar al cansado, llorar con el que llora, celebrar juntos y orar unos por otros en las pruebas diarias.

El amor verdadero exige cuidarnos y corregirnos: Vivimos en una época cristal, donde nadie puede decir nada. Sin embargo, la Biblia nos manda a exhortarnos y corregirnos mutuamente con humildad. Señalar el error con amor no es juzgar; es la muestra más alta de cuidado para que un hermano no se destruya.

Aunque en la iglesia local hay fallas porque está llena de pecadores en proceso de transformación, es la institución que Jesús prometió edificar. Congregarnos no es una

costumbre vacía ni un pasatiempo; es el medio ordinario que Dios nos dio para mantener el corazón latiendo al ritmo de su gracia.

Concepto para memorizar:

«La Iglesia es el pueblo que Dios redimió por medio de Jesucristo y reunió para su gloria. Todo creyente debe congregarse en una iglesia local para crecer bajo la predicación de la Palabra, participar del Bautismo y la Cena del Señor, y vivir en comunión con el pueblo de Dios.»

19. LAS MARCAS DE UNA IGLESIA SANA

PREGUNTA: ¿Cuáles son las características esenciales de una iglesia verdaderamente sana?

Textos bíblicos para memorizar:

«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.» ***Hch 2:42***

«Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina... mostrándote en todo como ejemplo de buenas obras.» ***Ti 2:1, 7***

«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.» ***Jn 13:35***

El Conocimiento de Dios Vivo:

En el año 2021, mientras mi interés por las Escrituras crecía, me involucré en estudios bíblicos con los Testigos de Jehová a través de una persona que se ofreció amablemente a ayudarme. Con el tiempo, me hizo una pregunta crucial: *«¿Cómo sé cuál es la iglesia correcta: la nuestra o los Testigos de Jehová?»* No supe darle una respuesta bíblica clara y, ante esa falta de respuestas de mi parte y de la congregación, ella decidió irse. La culpa me persiguió por mucho tiempo, pero comprendí que Dios usó esa situación para encender en mí un deseo apasionado por estudiar su Palabra

Esa situación me dejó con una pregunta urgente: ***«¿A dónde debo asistir? ¿Cómo reconozco una iglesia correcta?»***

Antes de comenzar este capítulo, quiero abrir mi corazón. Desarrollar este tema en unas cuantas páginas no fue una tarea fácil. Hay mucho más que podría decirse, pero mi deseo con todo el corazón es darte los fundamentos básicos que todo creyente necesita para reconocer una iglesia sana a la luz de las Escrituras.

Mire, mi hermano o hermana, no busco convencerte de que *«la nuestra es la única iglesia»*. Lo que deseo es que la Palabra de Dios sea la que forme tu criterio. Si al terminar este capítulo puedes evaluar una iglesia con principios bíblicos y no solo por las apariencias, entonces habremos cumplido el propósito.

Hoy vengo a mostrarte los parámetros bíblicos para reconocer una iglesia sana y diferenciarla de una secta. Por lo menos, necesitamos conocer la base, y nos daremos el espacio para explicarlo.

¿Cómo evaluar la Biblia a la Iglesia?

El peligro más grande cuando buscamos una congregación es dejarnos llevar por impresiones emocionales o externas: la amabilidad de la recepción, el estilo de la música, el tamaño del edificio o el carisma del predicador. Nada de eso garantiza la salud espiritual de un lugar.

Para no andar a ciegas, la teología bíblica nos enseña que la fe cristiana no se vive fragmentada. En una iglesia sana, lo que se cree con la mente, lo que se hace en la conducta y lo que se siente en el corazón deben alinearse perfectamente con la verdad del Evangelio.

Para evaluar estas tres áreas vitales de forma clara y sin dudas, examinaremos los tres pilares esenciales: Ortodoxia, Ortopraxis y Ortopatía.

1. **Ortodoxia: Creer la Verdad Correcta (La Mente)**

La palabra *ortodoxia* proviene de las raíces griegas *orthos* (recto, correcto) y *doxa* (opinión, enseñanza). Significa **«***enseñanza recta*». Implica que la mente de la iglesia está sujeta por entero a lo que Dios ha revelado en su Palabra.

Para que una congregación sea verdaderamente ortodoxa, debe enseñar y defender sin comprometer las *doctrinas fundamentales del cristianismo*:

A. La Doctrina de la Trinidad

Es el misterio central de la fe cristiana. Las Escrituras enseñan claramente que hay un solo Dios verdadero (Dt 6:4; 1 Tim 2:5), pero que este único Dios existe eternamente en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

- Las tres personas son coeternas, de la misma sustancia e iguales en poder y gloria.
- El Padre es Dios (Jn 6:27), el Hijo es Dios (Jn 1:1; Ti 2:13), y el Espíritu Santo es Dios (Hch 5:3-4).

No son *«tres dioses»*, ni tampoco una sola persona que cambia de *«tres modos o disfraces»*. Es un solo Dios que existe eternamente en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso, negar la Trinidad, como ocurre, por ejemplo, en los Testigos de Jehová o en el unicitarismo, no es simplemente rechazar una doctrina, sino negar una verdad fundamental acerca de quién es el Dios revelado en las Escrituras.

B. **La Deidad y la Obra de Jesucristo**

Jesucristo no es un *«ángel creado»* como la criatura Miguel, ni un mero profeta o maestro moral.

- Jesús es el Dios eterno que en el tiempo se encarnó, tomando verdadera naturaleza humana sin dejar de ser plenamente Dios (Jn 1:14; Col 2:9).
- Murió en la cruz en nuestro lugar como un sacrificio sustitutivo, pagando la deuda de nuestro pecado (2 Cor 5:21), resucitó corporalmente al tercer día derrotando a la muerte (1 Cor 15:3-4) y ascendió al cielo donde hoy intercede por nosotros.

C. La Salvación (Por Fe y por Gracia)

La ortodoxia enseña que el ser humano está muerto espiritualmente en sus delitos y pecados (Ef 2:1) y no puede salvarse a sí mismo por sus obras, esfuerzos o membresía a una institución.

- Somos salvos por la gracia de Dios, mediante la fe en la persona y obra terminada de Jesucristo (Ef 2:8-9).
- Las buenas obras no son la *causa* para ganar la salvación, sino el *fruto* visible como consecuencia de la Fe (Ef 2:10).[1]

D. La Iglesia es Apostólica

Decir que la iglesia es *«apostólica»* no significa que deba tener un líder hoy en día que se autoproclame *«Apóstol»* con poder absoluto o que traiga *«nuevas revelaciones»*.

- Significa que la iglesia se edifica sobre el fundamento de la doctrina que los apóstoles de Jesús dejaron registrada por escrito en la Biblia (Ef 2:20).
- La Escritura *«los 66 libros de la Biblia»* es la única regla inerrante e insustituible de fe y conducta *«Scriptura»*. Ninguna profecía, visión o dogma de un líder puede ponerse a la par ni por encima de la Biblia.

E. La Iglesia es Escatológica

La palabra *escatología* se refiere al estudio de las cosas finales. Que la iglesia sea escatológica significa que vive con la mirada puesta en la eternidad.

- No se enfoca en prometer riquezas ni éxito terrestre en este mundo pasajero.
- Enseña que Jesucristo regresará con poder y gloria (Hch 1:11; Ap 1:7), que habrá una resurrección de los muertos, un juicio final y un reino eterno para su pueblo en cielos nuevos y tierra nueva.[2]

2. Ortopraxis: Vivir la Práctica Correcta

La *ortopraxis* proviene de *orthos* (recto) y *praxis* (acción, práctica). Significa «práctica recta». La sana doctrina aprendida en la mente no se puede quedar guardada en

[1] Desiderio Crespo M., Alejandro Humeres, Germán Ichota C., *Estatuto orgánico de la Asociación de Iglesias de Dios Reformada (Directorio Nacional, Cbba Quillacollo, 2022). Cap. XIX, art.* 77.
[2] Ibíd, Cap. XIX, art. 77.

cuadernos; la Biblia exige que la verdad se encarne en las obras diarias. El apóstol Santiago es enfático: *«Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma»* (Stg 2:17).

Para cumplir con la *Ortopraxis*, una iglesia debe demostrar:

A. La Administración: Las Ordenanzas de Cristo

Jesús no dejó una lista incalculable de rituales, sino dos ordenanzas sagradas y visibles que proclaman el Evangelio y que la iglesia debe celebrar con reverencia:

1. El Bautismo: Instituido en la Gran Comisión (Mt 28:19). Es el mandato en el que el creyente es sumergido en agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es un acto público de obediencia, testimonio de fe y símbolo de haber muerto al pecado y resucitado a una nueva vida en Cristo (Rom 6:3-4).
2. La Cena del Señor: Instituida por Jesús en la última noche (1 Cor 11:23-26). Mediante el pan y la copa, la congregación se reúne no solo para recordar con gratitud la muerte del Señor en la cruz, sino para examinar sus corazones, proclamar su victoria y celebrar la comunión espiritual como un solo cuerpo hasta que Él vuelva.

B. Una Vida de Santidad y Testimonio Público

En una iglesia con *ortopraxis,* los creyentes no viven una *«doble vida»*. La doctrina que profesan con la boca el domingo la viven con hechos de lunes a sábado:

- Se refleja en la honestidad de sus negocios, la pureza sexual, la fidelidad en el matrimonio, la sujeción a las autoridades e integridad en la sociedad (1 P 2:12).
- Se traduce en un compromiso social y en amor práctico hacia los huérfanos, viudas y necesitados (St 1:27).

C. Cuidado Pastoral y Disciplina Bíblica

Una iglesia no puede ser un *«club social»* donde el pecado se ignora. La *ortopraxis* implica cuidar el rebaño. Si un hermano cae en pecado deliberado, la iglesia, movida por el amor y la restauración, aplica los pasos de disciplina que Jesús enseñó en (Mt 18:15-17 y Ga 6:1) para proteger el alma del pecador y la pureza de la congregación.

3. Ortopatía: Tener el Corazón Correcto (Los Afectos)

La *ortopatía* viene de *orthos* «recto» y *pathos* (pasión, afecto, sentimiento). Significa *«afectos rectos»*. Mide la salud interna del corazón y las motivaciones de la congregación. Una iglesia puede tener una teología perfecta *«Ortodoxia»* y mantener una lista impecable de actividades y reglas *«Ortopraxis»*, pero si le falta el corazón de Dios, se vuelve un lugar frío, orgulloso, farisaico y destructor.

A. Amor Genuino sin Manipulación ni Reclutamiento

Jesús nos dejó la prueba reina para reconocer a su pueblo: *«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Jn 13:35).*

- La ortopatía implica que en la iglesia hay hospitalidad, compasión, perdón sincero y empatía con el dolor del hermano (1 Cor 12:26).
- Atención al peligro: Muchas sectas muestran una *«apariencia de amor»* afectuosa llamada *bombardeo de* amor, que no es verdadero amor, sino un anzuelo para manipular, presionar y controlar a la persona. El amor bíblico no busca controlar; busca servir de forma desinteresada.
- Aclaración: Algo que quiero aclarar aquí, es que esto no debe llevarnos a excusar prácticas de emoción como bailar o danzar, o acciones que son llevadas por la emoción y no por una *ortopatía* correcta.

B. Adoración Ferviente y Afectos Santos por Dios

- La adoración de la iglesia no es un espectáculo para entretener el intelecto ni para manipular las emociones con música sugestiva; es la respuesta del corazón redimido que se deleita en Dios con gozo, temor reverente y gratitud (Sal 95:1-6).
- Es un corazón que ama lo que Dios ama y aborrece la hipocresía, el engaño y la falsedad.

La Realidad Pastoral: Ninguna iglesia es perfecta

Es vital hacer una aclaración honesta a todo cristiano que está creciendo en la fe: No existe ni una sola iglesia perfecta sobre la faz de la tierra.

Si abrimos los capítulos 2 y 3 del libro de Apocalipsis, leemos las cartas que Jesucristo resucitado envió a las siete iglesias de Asia Menor. Al estudiarlas con detenimiento, notamos que todas *«salvo Filadelfia y Esmirna»* tenían fallas profundas:

- Éfeso: Tenía una excelente *Ortodoxia «probaba a los falsos apóstoles y rechazaba la mentira»*, pero había perdido la *Ortopatía «has dejado tu primer amor»*, (Ap 2:4).
- Tiatira: Tenía mucho amor, servicio y *Ortopraxis*, pero fallaba en la *Ortodoxia* porque toleraba falsas doctrinas en su interior (Ap 2:19-20).
- Sardis: Tenía apariencia de estar muy viva en sus obras externas, pero en su corazón estaba muerto (Ap 3:1).

Esto nos enseña que las iglesias locales están formadas por pecadores arrepentidos que aún luchan con sus imperfecciones. Todas las iglesias locales sanas tienen áreas donde son más débiles, caminan en la cuerda floja o tambalean en algún momento de su historia.

La Regla de Evaluación: *¿Cuándo debemos dudar de una iglesia?*

Aunque ninguna iglesia alcanza la perfección absoluta en esta tierra, hay una diferencia abismal entre una *iglesia imperfecta pero viva* y una *iglesia falsa o secta*:

El Principio de los Tres Pilares:

La ***Ortodoxia*** (Palabra-mente), la ***Ortopraxis*** (Práctica-Conducta) y la ***Ortopatía*** (Corazón-sentimiento) son los tres pilares que sostienen la mesa de la iglesia.

- Si una iglesia tambalea o flaquea en un área, pero reconoce su debilidad, predica la Biblia y busca humillarse y corregirse en oración, estamos ante una iglesia verdadera que está en proceso de maduración.
- Pero si a una iglesia le FALTA UN PILAR POR COMPLETO, por ejemplo, si rechaza la Trinidad y la divinidad de Jesucristo «rompe la Ortodoxia», si abandona el bautismo, la Cena del Señor y vive en inmoralidad *«rompe la Ortopraxis»*, o si enseña

odio y control sectario *«rompe la Ortopatía»*, ENTONCES DUDA POR COMPLETO DE ESA IGLESIA.

Cuando uno de estos tres pilares se rompe por completo, la mesa se cae. Ese grupo deja de ser una iglesia con fallas y pasa a ser una secta o una falsa iglesia.

Por eso, no busques una iglesia sin defectos porque no existe; busca una congregación que mantenga estos tres pilares en pie y se someta cada día con humildad a la voz de Dios en las Escrituras.

Concepto para memorizar:

«Una iglesia verdaderamente sana se caracteriza por permanecer fiel a la Ortodoxia, la Ortopraxis y la Ortopatía.»

CONCLUSIÓN

Toda persona vive de acuerdo con aquello que cree. Por esa razón, conocer correctamente a Dios nunca ha sido un asunto secundario para la vida cristiana. A lo largo de este manual hemos recorrido los fundamentos de la fe cristiana, no como verdades aisladas entre sí, sino como una unidad que encuentra su centro en Dios y en su obra redentora.

Este recorrido también nos ha permitido comprender que la doctrina cristiana no consiste en opiniones, tradiciones humanas o reflexiones filosóficas acerca de Dios. Su fundamento es la revelación divina. Es Dios quien habla por medio de su Palabra; por ello, toda enseñanza verdadera debe nacer de las Escrituras y conducirnos nuevamente a ellas. Cuando la iglesia permanece en esa verdad, conserva fielmente el evangelio que le ha sido confiado y glorifica al Señor en medio de un mundo que cambia constantemente.

Al mismo tiempo, este estudio nos recuerda que el conocimiento de Dios nunca debe separarse de la vida cristiana. Las verdades que confesamos moldean nuestra manera de pensar, de vivir y de adorar. Por ello, la sana doctrina no constituye un fin en sí misma, sino el medio por el cual Dios fortalece la fe de su pueblo, afirma sus convicciones y lo conforma cada vez más a la imagen de Jesucristo.

Si al terminar este estudio has llegado a comprender con mayor claridad quién es Dios, cuál es su obra y cuál es el propósito para el cual fuiste creado, entonces este manual habrá cumplido su propósito. Que todo conocimiento adquirido nos conduzca siempre a una mayor reverencia, una adoración más sincera y una vida que refleje la gloria de Aquel que se dio a conocer por medio de su Palabra.

«Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.» Rom 11:36

SOLI DEO GLORIA.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Una pequeña guía para recordar lo esencial de cada enseñanza

Adopción

Cuando Dios nos justifica, no solo nos perdona. En su gracia, nos recibe como hijos e hijas suyos, con todo lo que eso significa. Dejamos de ser extranjeros para ser parte de su familia. *(Ver capítulo 12)*

Arrepentimiento

Un cambio radical de mente y corazón que solo Dios puede conceder. No es solo sentirse mal por lo que hicimos, sino dejar de esconder nuestros pecados, confesarlos ante el Creador, abrazar la misericordia que hay en Cristo y dar la vuelta para caminar de otra manera. *(Ver capítulo 15)*

Atributos de Dios

Todo lo que Dios es en su perfección: eterno, inmutable, omnipresente, todopoderoso, santo, justo, bueno y lleno de misericordia. No son cualidades que tenga como si fueran añadidas; Él es todo esto en su esencia. *(Ver capítulo 2)*

Bautismo

El momento visible en el que el creyente es sumergido en agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es el sello público de nuestra unión con Cristo y de que ya pertenecemos a la iglesia. No salva por el agua en sí, sino que señala lo que Dios ya ha hecho en el corazón. *(Ver capítulo 17)*

Cena del Señor

La mesa donde la iglesia se reúne para recordar la muerte de Cristo, partiendo el pan y bebiendo el cáliz. Es un momento de comunión con Él y con los hermanos, donde la fe se fortalece al recordar que su sacrificio fue suficiente. *(Ver capítulo 16)*

Creación

La obra soberana de Dios por la cual, sin necesidad de materia previa, hizo existir todo lo que hay: lo visible y lo invisible. Lo hizo con su palabra, en seis días, y todo resultó muy bueno. *(Ver capítulo 4)*

Doctrina

Simplemente, lo que la Biblia enseña. Muchos piensan que la doctrina es solo para teólogos, pero la verdad es que cada persona que abre la Escritura para entender quién es Dios ya está haciendo doctrina. La pregunta no es si tendremos doctrina, sino si esa doctrina nace de la Palabra o de nuestras propias ideas. *(Ver Introducción)*

Evangelio

El mensaje que lo cambia todo: Jesucristo, siendo Dios y sin pecado, murió en la cruz por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día, tal como las Escrituras lo habían anunciado. Todo el que cree en Él es recibido por Dios. No es un consejo de cómo ser mejor persona, sino un anuncio de hechos que transforman al que lo recibe. *(Ver capítulo 10)*

Fe

La confianza por la cual recibimos a Cristo y nos aferramos a su obra. No es un simple "creer que existe", ni un esfuerzo de nuestra voluntad para merecer algo. Es un don de Dios que nos une a Jesús y nos hace descansar en lo que Él hizo por nosotros. *(Ver capítulo 10)*

Gracia

El favor de Dios que no merecemos. No es una recompensa por nuestra conducta, ni algo que nos gana con esfuerzo. Es un regalo puro que recibimos a pesar de lo que merecíamos. *(Ver capítulo 10)*

Inspiración de las Escrituras

La acción del Espíritu Santo que guió a los autores bíblicos para que escribieran exactamente lo que Dios quería comunicar. No anuló sus personalidades, sus culturas ni sus estilos, pero aseguró que cada palabra fuera digna de confianza. *(Ver capítulo 1)*

Inmutabilidad

Que Dios no cambia. Su ser, sus promesas, su carácter y sus propósitos son los mismos ayer, hoy y siempre. En un mundo donde todo se desmorona, esto es la roca donde descansa la esperanza del creyente. *(Ver capítulo 2)*

Justificación

El acto de Dios por el cual, en su gracia, declara justo al pecador que cree en Jesucristo. No porque esa persona dejó de tener pecado, sino porque la justicia de Cristo le es contada como si fuera suya. Es un veredicto de gratuito perdón basado en la obra de Cristo, no en la nuestra. *(Ver capítulo 11)*

Ley moral de Dios

La regla que Dios dio al ser humano para que viva en obediencia. Está resumida en los Diez Mandamientos y refleja el carácter santo de Dios. Para el creyente, no es el camino para ganarse el favor de Dios, sino la guía de una vida que responde con gratitud a su salvación. *(Ver capítulo 14)*

Medios de gracia

Las prácticas que Cristo dejó a su iglesia para fortalecer nuestra fe y guardarnos del error: la enseñanza de la Palabra, la oración, el bautismo y la Cena del Señor. No son rituos que funcionan solos, sino instrumentos que el Espíritu usa para alimentar el alma. *(Ver capítulo 16)*

Misericordia

La disposición de Dios para inclinarse hacia nuestra miseria y rescatarnos. No pasa por alto la justicia; opera desde la cruz, donde Cristo pagó la deuda que nosotros no podíamos pagar, para reconciliarnos plenamente con el Padre. *(Ver capítulo 15)*

Oficios de Cristo

Las tres funciones que Jesús cumple para su pueblo: como Profeta, revela la voluntad de Dios; como Sacerdote, ofreció su vida como sacrificio por nuestros pecados e intercede por nosotros; y como Rey, gobierna y protege a quienes son suyos. *(Ver capítulo 8)*

Pecado

Cualquier falta contra la ley de Dios, ya sea en acción, palabra o pensamiento. No es solo un error humano o una debilidad; es una ofensa contra un Dios santo y amoroso. Es lo que rompió nuestra relación con el Creador. *(Ver capítulo 6)*

Santificación

La obra que Dios hace en nosotros a lo largo de toda la vida, por la cual vamos siendo moldeados a la imagen de Cristo. No es lo que nos hace aceptos ante Dios (eso es la justificación), sino la prueba visible de que ya lo somos. Es un camino de obediencia creciente, llevado con paciencia y gracia. *(Ver capítulo 13)*

Trinidad

El misterio más grande y hermoso de la fe: hay un solo Dios verdadero, pero en la unidad de la Deidad existen tres Personas distintas —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— iguales en poder y gloria. No es un rompecabezas para resolver, sino una realidad que nos invita a adorar. *(Ver capítulo 3)*

Unión con Cristo

La realidad invisible por la cual el creyente está ligado a Jesús de tal forma que comparte su muerte y su resurrección. Es el fundamento sobre el cual descansan la justificación, la adopción y la santificación. *(Ver capítulos 11, 12 y 13)*

Nota para quien estudia este manual:

Este glosario no pretende ser un diccionario teológico exhaustivo. Es simplemente una ayuda para recordar lo esencial de cada lección y volver rápidamente al corazón de cada enseñanza. Si alguna palabra despierta más preguntas, te animo a regresar al capítulo correspondiente,

abrir tu Biblia y seguir buscando. Como dice nuestro manual: orar, orar y orar. Que el Señor bendiga tu estudio.

SOLI DEO GLORIA.

BIBLIOGRAFIA

Agustín de Hipona. *La ciudad de Dios.* Madrid: Gredos, 2014.

Bavinck, Herman. *Dogmática reformada.* Vol. 2. Grand Rapids: Libros Desafío, 2013.

Berkhof, Louis. *Teología sistemática.* Grand Rapids: Libros Desafío, 2005.

Crespo M., Desiderio, Alejandro Humeres y Germán Ichota C. *Estatuto orgánico de la Asociación de Iglesias de Dios Reformada*. Quillacollo, Cochabamba, BOL: Directorio Nacional, 2022.

Letham, Robert. *La Santísima Trinidad: En la Escritura, la historia, la teología y la adoración.* Medellín: Editorial Teológica Reformada, 2019.

Michelén, Sugel. *De parte de Dios y delante de Dios*. Barcelona: Andamio, 2016.

Packer, J. I. *El conocimiento de Dios.* Miami: Editorial Vida, 2006.

Sproul, R. C. *Todos somos teólogos*. Orlando: Ligonier Ministries, 2014.

Van Til, Cornelius. *La defensa de la fe.* Graham: Evangelical Press, 2008

«Tu palabra es lámpara a mis pies,
y lumbrera a mi camino.»

SALMOS 119:105

Fundamentos de la Fe Cristiana es un manual de formación bíblica diseñado para ayudar a los creyentes a comprender las doctrinas fundamentales de la fe cristiana a la luz de las Sagradas Escrituras.

Su propósito es servir a la iglesia local en el discipulado, la enseñanza y la formación de creyentes, conduciéndolos a un conocimiento más profundo del Dios vivo revelado en su Palabra.

Que este material sea de bendición para tu vida y para la iglesia de Cristo.

Este material puede compartirse gratuitamente
para fines de enseñanza y edificación de la iglesia.